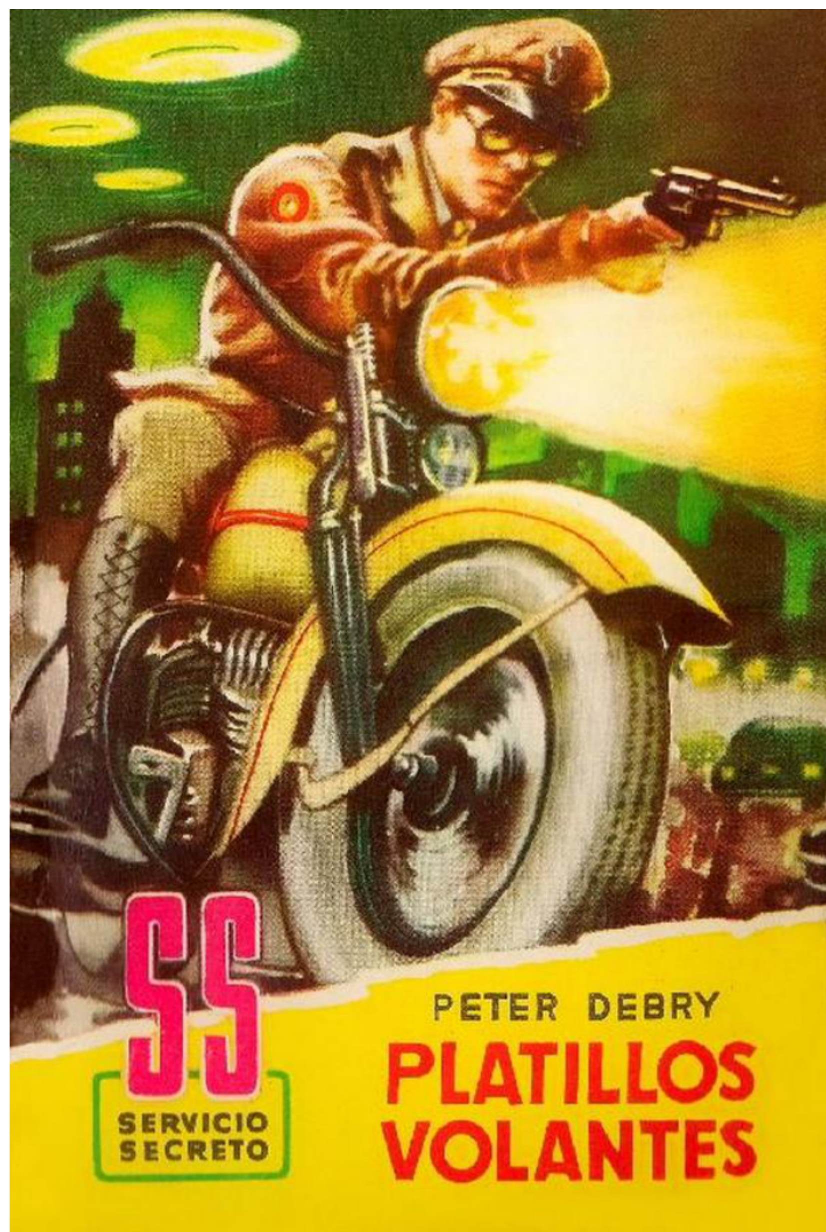

SS
SERVICIO
SECRETO
PETER DEBRY
PLATILLOS
VOLANTES

PLATILLOS VOLANTES



PETER DEBRY

Platillos volantes

1ª. EDICIÓN
JULIO - 1951

EDITORIAL
Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA
BARCELONA (6)

PLATILLOS VOLANTES

POR PETER DEBRY.



CAPÍTULO PRIMERO

Mary Ferguson, maniquí de los grandes almacenes «Marshall Field's»,
de Chicago, cuyo *slogan* de propaganda es: «Satisfacer al comprador más exigente», era una muchacha de veintiún años, que al mirar los carteles de reclamo, pensaba que ella tenía una exigencia que no podía satisfacer ningún departamento de la tienda más bonita y completa de los Estados Unidos.

Los almacenes donde trabajaba se vanagloriaban de suministrar desde un palillo de dientes hasta el más económico de los yates, pero no podían proporcionar a Mary Ferguson lo que ella soñaba: la romántica aventura.

Para Ferguson, profundamente idealista, el haber nacido en 1930 había constituido un grave, aunque inconsciente error. Su lectura predilecta era «Los Tres Mosqueteros», y añoraba aquellos tiempos en que un caballero por la sonrisa de una dama, besaba su espada y atacaba a diestro y siniestro.

No compartía con nadie su nostalgia, porque no ignoraba que se burlarían de ella. No leía revistas de cine porque los galanes eran para ella artificiosos empleados, dependientes a sueldo de la gran tienda de quimeras que era Hollywood.

Cuando viajaba en el *Loop*, el metro aéreo que serpenteaba por encima de una gran parte de la ciudad, al nivel de las ventanas de los terceros pisos, sabía que muchos varones abandonaban la lectura de sus periódicos y dejaban por unos instantes de rumiar el chicle para admirarla, ya que era bonita. Pero al abrirse las puertas con el chirriante soplo del fuelle de aire, todo eran apretujones, protestas y gruñidos, y no había uno solo de los que antes la contemplaban con evidente deleite que la ayudara a salir venciendo la oleada de los que pretendían entrar.

En los camerinos, mientras se desvestía para en bata esperar le

llegara su turno de exhibir modelos, oía los variados y múltiples comentarios de sus compañeras de trabajo:

—Ayer me divertí horrores, muchachas. Este chico es un sol. Su papá le pasa una pensión mensual a condición de que no trabaje, porque dice el niño que cada tentativa de su padre para que entrase en una casa de buenos negocios tuvo por resultado arruinarla.

—¿Visteis «Vámonos al cielo»? Está formidable. ¡Y Orson Welles da unas ojeadas escalofriantes! Debe ser alguien enamorando.

—Es más feo que un besugo neurasténico.

—Pero muy interesante.

—Hay que vivir la vida, chicas. En esta época de bombas golosas que se pueden merendar una tajada de la tierra como si fuera un melón, y en que no sabemos si mañana estaremos respirando, hay que vivir. Ya voy, ya voy… Ahora a pasear delante de ballenas que querrán meterse dentro de este vestido.

«Vivir la vida» era para Mary Ferguson un concepto muy distinto del que tenían las otras que sólo pensaban en coches, bailes, joyas y como meta un marido rico.

Por más sentimental que fuera, Mary Ferguson nunca pudo imaginar que el «príncipe azul», el hombre que, iba a ser su gran amor, el hombre que iba a proporcionarle la gran aventura, tendría el aspecto con que por vez primera vió a Derek Garfield.

Vivía ella al sur de la ciudad, en las afueras, junto al lago, con su hermano Melvyn. Ambos eran nativos de Joliet, a cien millas de Chicago, donde residían sus padres, que por nada del mundo hubiesen abandonado su casita de campo, a la que cada domingo iban los dos hermanos a pasar el día.

Y en aquella tarde de mayo agradable, pues por el molesto y muy constante viento del Michigan había decidido no trabajar, Mary Ferguson caminaba el medio kilómetro que separaba su casa de la estación. Lo hacía con cierta dejadez, sin prisas, aspirando el olor del lago, las flores y con la sensación de que aquel atardecer era precioso.

Le faltaban unos treinta pasos para llegar a la empalizada de madera que cercaba el pequeño jardín de su propiedad, pagada con los ahorros de ambos hermanos, cuando vió algo que la chocó.

Ella era caritativa, y comprendía que una inválida o un pobre viejo sin familia tuvieran que ganarse el sustento mendigando. Pero

si había algo para ella repulsivo, era lo que estaba viendo.

Tendido sobre la espalda, cruzadas las piernas, encima de la hierba de un altozano, un hombre joven, mugriento, sin afeitar, con ropas llenas de remiendos suciedad y jirones silbaba suavemente.

Tenía bajo la nuca las manos entrelazadas, y cubría su frente y ojos con el ala de un sombrero de fieltro que debía haber soportado años de lluvia, sol y polvo.

Mary Ferguson veía los agujeros de las suelas…, ¡y unos pies sin calcetines! La profunda honradez y la arraigada convicción de que el trabajo ennoblece, hicieron que Mary Ferguson, deteniéndose, sintiera que un arrebol de indignación coloreaba sus mejillas.

Aquel astroso vagabundo era joven, alto, fuerte, y su tez era morena, sin el menor síntoma de palidez enfermiza.

—Debería darle vergüenza —dijo sin poderse contener.

Derek Garfield dejó de silbar, se incorporó sobre un codo, se echó atrás el sombrero, y miró en rededor. Después miró a la que repetía:

—Debería darle vergüenza.

—Ah, pero ¿va conmigo, señorita?

—Sí, con usted. Un hombre joven, fuerte, aquí tendido, verdadera imagen de la más imperdonable vagancia. Si yo fuera policía, le llevaba ahora mismo a la comisaría.

Derek Garfield rió, y Mary Ferguson, doblemente indignada, no pudo sin embargo evitar un incongruente pensamiento: aquel cínico sujeto tenía unos dientes blanquísimos.

—Perdone, señorita, pero me río porque me ha hecho gracia imaginarla de policía. Me pondré en pie, ya que me ha hecho usted el honor de dirigirme la palabra.

«Un metro ochenta por lo menos —meditó ella rápidamente—. Y unos ojos pardos llenos de vida, amables, sonrientes».

—En la ciudad hay miles de empleos para vagabundos. Si usted tuviera dignidad de hombre, trabajaría, iría aseado, y… Tenga en cuenta que si le estoy hablando es porque no me gusta ver cerca de mi casa a un vagabundo que llegada la noche puede intentar robar. ¡Eso es! Y se lo digo muy claro.

Volvió Derek Garfield a reírse, divertido. Pero al divisar la furiosa mirada de ella trató de adoptar un aire compungido.

—Tengo mala suerte, señorita. Busco trabajo, pero no se

encuentra tan fácilmente. Hay crisis.

—¡Lo que hay es gandulería! Venda periódicos.

—Hay que ser de la «Unión».

—¡Friegue platos!

—No pago la cuota de «Hotelería».

—Excusas no le faltan. Y yo me pregunto por qué estoy hablándole. A mí no me importa. Y ya que usted sabe tanto de leyes, sabrá también si no existe una que le impida rondar una casa.

—Creo que no existe ninguna que me prohíba tenderme en la hierba de un terreno libre. El disfrute de la Naturaleza y sobre todo en primavera, pertenece a la hermandad humana y al libre albedrío individual.

—Es más vergonzoso aún que siendo usted un hombre culto tenga este cinismo. Ya puede llamarme entrometida. ¡Ande, hágalo!

—Es usted una deliciosa entrometida, en efecto.

«Es guapo y su sonrisa es magnífica, de viril confianza en sí mismo», habló su íntimo, ser, pero sus labios dijeron:

—Inspira usted asco, buen hombre.

—Es que no pretendo inspirar pasiones locas. Oiga, encantadora criatura: vamos a poner los puntos sobre las íes. Yo estaba aquí sesteando despierto, silbando mí alegría de descansar, y llega usted y se mete conmigo.

Mary Ferguson buscó palabras adecuadas, pero al no encontrarlas quedóse unos instantes titubeando contemplada por el riente vagabundo; dió un taconazo, indignada, y se alejó presurosa.

Derek Garfield volvió a tumbarse, cruzó las piernas y silbando pensó que la hermana de Melvyn Ferguson era un encanto.

Ya en la casa, Mary Ferguson oyó una voz desconocida procedente de la sala habilitada como despacho por su hermano, y cuyos ventanales daban al lago.

La voz, ronca, autoritaria, decía:

—Espero, pues, que me haya comprendido perfectamente, Ferguson.

—Pero me gustaría conocer más a fondo el asunto, Dudley. No niego que la oferta es espléndida… ¿Eres tú, Mary?… Es mi hermana.

Mary Ferguson entró, y su hermano, sonriéndole, le presentó:

—El señor Henry Dudley.

—Encantado, señorita —replicó el visitante.

Un hombre de unos cuarenta años, distinguido, de rostro delgado pero cuyos negros ojos, huidizos, carecían de franqueza.

Tras él había otro individuo, ancho, con cara brutal, de luchador. Le extrañó a Mary que no fuera presentado.

—Parece que estés enojada, Mary —comentó su hermano.

—Es que acabo de ver a pocos pasos de aquí a un joven vagabundo imagen del cinismo y la vagancia. Estaba tendido silbando.

—Tenderse, si no es en la carretera, y silbar, no son cosas prohibidas, Mary.

Henry Dudley miró hacia atrás, diciendo:

—Vete a ver quién es este vagabundo, Guntry. Y, si te parece sospechoso dale una paliza.

Mary Ferguson, sorprendida, murmuró:

—¡Oh!, señor Dudley, no creo que sea necesario tomar medidas tan severas con aquel desgraciado.

Y lo decía con cierta pena, porque el llamado Guntry, al cerrar los puños y dirigirse hacia la salida de la casa, parecía la personificación de la brutalidad.

—Sigan con su conversación —dijo ella—. Iré a refrescarme, porque hoy hace calor, ¿verdad?

Estaba fuera de la sala, pero oyó perfectamente la ronca voz del visitante decir:

—Su hermana es muy bonita, Ferguson.

Maquinalmente, sin poderse contener, ella abandonó la casa, y saliendo por una puerta lateral que comunicaba con el terreno vecino y la ribera del lago llegó hasta el altozano, desde donde a seis pasos de distancia vió al vagabundo tumbado, con las manos entrelazadas a la nuca y silbando.

Quedóse tras el árbol, algo avergonzada de su espionaje, y vió llegar al llamado Guntry, que sin saber por qué le inspiraba, lo mismo que Henry Dudley, una instintiva antipatía.

Guntry, a dos pasos de distancia del vagabundo, refunfuñó:

—¡Eh, tú, tío guarro!

Derek Garfield dejó de silbar, y se incorporó sobre un codo, echándose hacia atrás el sombrero de fieltro. Pero desde donde estaba, al igual que oía, pudo Mary ver que el vagabundo ni sonreía

ni tenía la menor amabilidad en sus pardos ojos.

—¿Va conmigo? —preguntó Garfield.

—Contigo. ¿Qué haces tú aquí?

—Espero el «Metro».

—Por aquí no pasa.

—Pues por esto mismo.

La frente estrecha de Guntry se arrugó, y su achatada faz adquirió un torvo aspecto amenazador.

—Largo de aquí, granuja —gruñó.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

El pie derecho de Guntry se echó hacia atrás y salió disparado en recia patada dirigida al rostro del vagabundo sentado.

Mary Ferguson cerró los ojos un segundo. Al volverlos a abrir vió al vagabundo en pie, y a Guntry que, perdido el equilibrio, daba una vuelta sobre sí mismo llevado por el impulso de su patada en el aire.

—Oye, gorila —anunciaba calmosamente Garfield—: es ya la segunda vez en cinco minutos que se meten conmigo. La primera era agradable, pero ahora no. Largo de aquí, granuja.

—¿Eh? —balbució Guntry, asombrado, al recuperar el equilibrio.

—Sí, a ti te lo digo, cara de torta. Aunque te afeites y lleves ropa limpia, hueles a matarife. Con que, lárgate o te voy a romper las narices. ¡No hay derecho! ¿Es que un hombre decente no puede descansar sin que le vengan a…?

Guntry, resoplando como un búfalo picado por un tábano, arremetía expertamente. Su puño derecho tendido, y el izquierdo contra el pecho, en espera de entrar en contacto con la barbilla sin afeitar.

Derek Garfield esquivó el directo que en finta le asestaba Guntry destinado a que alzara las dos manos. El gancho de izquierda rozó por centímetros la barbilla de Garfield, quien con seca precisión colocó un fuerte izquierdazo en un costado de Guntry.

Al ladearse Guntry, Garfield largó su derecha contra la nariz adversaria, pero el otro, esquivando, pegó fuertemente en el estómago.

Derek Garfield, arqueándose hacia adelante para amortiguar el efecto, curvó el brazo y su codo chocó contra el cuello de Guntry, el cual por un instante quedó sin respiración.

A una velocidad prodigiosa, Derek Garfield propinó una tanda de puñetazos en el estómago de Guntry, y al doblarse éste hacia adelante cruzó con fuerza los dos puños, que crujieron contra la nariz achilada.

Guntry, sangrando, pegaba también, y estremecida Mary Ferguson tras el árbol parecía paralizada. El vagabundo se había convertido en un silencioso y feroz boxeador, y el otro pegaba con toda su alma, como si quisiera destrozar a un odiado enemigo.

Alzó de repente un pie Guntry intentando colocar una alevosa patada, y su contrincante, asiéndole por el tobillo, dió una sacudida. Perdido el equilibrio, Guntry cayó ruidosamente sobre las espaldas, y quedó sujeto por una pierna, mientras sobre su cara, ladeándosela, se aplastaba la suela agujereada.

—No te revuelvas, matarife. Quieto o te parto la nuez a taconazos. Tienes suerte de que hace poco vi aparecer un ángel femenino, con dulces curvas y chispeantes ojos azules. Me puso de buen humor… que si no ahora mismo te machacaba los sesos, pedazo de ballena. ¿Quién te mandó meterte con un pacífico y tranquilo veraneante? ¡Anda, en pie, y lárgate!

Guntry, libre ya, se enderezó lentamente. Y de pronto, cuando estaba medio incorporándose se abalanzó con la cabeza baja, mientras su diestra, hundiéndose en el bolsillo de su americana, extraía una pistola.

Fue fulminante el ataque y la réplica. Derek Garfield como el torero que ciñéndose deja pasar la fiera, se ladeó, y mientras su puño derecho se abatía sobre la nuca de Guntry, su zurda le asía la muñeca armada retorciéndole el brazo.

Incorporado, Guntry quedó haciendo horribles muecas, mientras a sus espaldas, Garfield, alzándole al brazo, le avisaba:

—Suelta el cañón o te voy a saltar una clavícula. ¿Estás oyendo el ruido desagradable de tus huesos que van a salirse del engranaje?… Suelta el cañón.

Al suelo cayó la pistola, y Derek Garfield empujó a Guntry, que dejó caer su brazo que colgó inerte, mientras con la otra mano se tocaba el dolorido hombro que por un instante tuvo a punto de

desencajarse.

Recogiendo del suelo la pistola, Derek Garfield, duro el semblante, apuntó a Guntry:

—Galopa, cretino, o te taladro los fondillos. ¡Pronto!

Guntry saltó a la carretera. Y sin saber por qué Mary Ferguson sonreía regresando a su casa. Estaba mal su contento. Era una satisfacción ilegal, porque Guntry representaba la sociedad, y el vagabundo era un fuera de la Ley.

Al entrar ella oyó la ronca voz de Dudley en la salita:

—¿Lo espantaste, Guntry?

Fué Mary la que contestó:

—Guntry viene galopando… Perdón, quiero decir que fracasó, señor Dudley. Creo que el vagabundo le ha roto un brazo… Al menos la nariz la tiene llena de sangre.

Oyéronse los pesados pasos de Guntry, que al parecer miró con evidente temor a Henry Dudley, el cual, palideciendo, dijo incisivamente:

—Te envié a indagar, Guntry, no a que hicieras el ridículo.

—Venga —intervino ella, dolida al ver el rostro lleno de sangre del acompañante de Dudley—. Le pondré alcohol.

—Déjelo, señorita —atajó Dudley—. Fué boxeador y tiene pañuelo. ¿Qué pasó, Guntry?

—El vagabundo me pegó apenas llegué.

—¡No es verdad! —saltó Mary Ferguson—. ¡Yo lo vi! Su amigo, señor Dudley, quiso pegarle un puntapié a traición, y el vagabundo…

—Mary, por favor —intervino, molesto, su hermano—, no vas a salir en defensa de un vagabundo. El señor Dudley tiene negocios muy importantes, y se hace acompañar por Guntry porque ha recibido amenazas de muerte de una banda de pistoleros. ¡Vamos a ver qué se ha creído este vagabundo pegando a gente honorable!

—Me quitó la pistola y me llamó matarife —dijo Guntry.

Los huidizos ojos de Dudley brillaron, y mientras junto a Melvyn Ferguson se dirigía a la puerta, comentó:

—Guntry era matarife en los «*Stock* Yards» de Chicago. ¿Lleva usted armas, Ferguson?

—No; ni creo que harán falta.

—Tome esta pistola. Si el vagabundo sabe que Guntry fué

matarife, debe ser algún espía de los pistoleros. Yo lo reconoceré.

Mary Ferguson volvió a su sitio de observación. No temía por su hermano, y no podía razonar porque tuvo la convicción de que el vagabundo no era ningún pistolero.

Derek Garfield estaba mojando en el agua del lago un pañuelo con el que se daba toquecitos en la mandíbula derecha, y sus muecas haciendo jugar las mandíbulas alcanzadas por el puño de Guntry, eran grotescamente graciosas.

«Debería avergonzarme, pero es simpático. Y afeitado, con un traje limpio, debe ser un hombre agradable. Pero es un vago cínico, pendenciero, y amante de la pelea. Debe ser un rufián de tabernas».

—¡Oiga usted! —llamaba Melvyn Ferguson, que en compañía de Dudley y seguido a tres pasos por Guntry restañándose la sangre, subía al altozano.

Derek Garfield, con el pañuelo en la barbilla, refunfuñó:

—¡Caray! Estoy de moda hoy. ¿Qué le pasa a usted?

—El señor que me acompaña ha recibido amenazas, y envió a Guntry para ver quién era usted. Y usted ha golpeado al señor Guntry.

—¿Y no le parece que el tal Guntry, que de señor tiene lo que yo de tiple, es ya bastante crecido para defenderse solo? Vino aquí llamándome cosas feas, y quiso darme un puntapié como si fuera yo un perro sarnoso. Por último sacó una pistola, y tuve que darle lo suyo.

Henry Dudley avanzó un paso.

—Usted le llamó matarife.

—Lo que era. Que hace un año estaba apuntillando reses en el «*Stock* Yards», y le reconocí, porque cuando me daba por trabajar, iba yo en los camiones que de Iowa traían reses. Bueno; ¿y a qué viene todo este interrogatorio? Ni que fueran ustedes de la Policía. ¿Que las narices de Guntry echan sangre? Yo tengo la barbilla que me duele, y si le hubiese dejado hacer ahora estaría yo esperando una ambulancia.

Melvyn Ferguson preguntó en voz baja:

—¿Le parece que es uno de los que le han amenazado, señor Dudley?

—No. Pero pídale sus papeles, Ferguson.

—¿Qué están cuchicheando los dos?

—Quisiera ver su documentación, amigo —solicitó. ¿Melvyn Ferguson?

—Enséñeme la chapa —replicó Garfield.

—¿Qué chapa?

—Para pedir los papeles a un ciudadano en reposó es preciso mostrar primero la chapa de policía si se va de paisano.

—Yo no soy policía, pero para tranquilizar a este caballero le ruego nos diga quién es, y lo que hace aquí.

—Hombre, dicho así con cortesía, yo soy un chico bien educado. Éstos son mis documentos.

Sacóse el sombrero y de debajo del forro extrajo una libreta mugrienta que tendió a Ferguson, el cual en voz alta leyó:

—«Derek Garfield, veintiocho años, nacido en Springfield, Illinois, de profesión técnico electricista». Este documento de identidad está sellado en Chicago, en la Oficina de Colocación el año pasado. Tome, Garfield, y perdone.

—No hay de qué. Soy un sin trabajo, pero no un maleante. ¡Toma, Guntry, cariño!

Y Garfield arrojó la pistola sacándola repentinamente de su bolsillo. Guntry la cogió prestamente en el aire.

—Eché las balas al lago, Guntry, para evitarte una mala tentación.

Guntry gruñó:

—Ya nos veremos algún día.

—¡A callar! —dijo secamente Dudley—. Tome, buen hombre; estos diez dólares por las molestias.

—Los agradezco, pero no los tomo. Estoy de vacaciones.

Encogiéndose de hombros, Dudley dió media vuelta, y ya en la carretera se dirigió a su coche, parado al otro lado de la casa de los Ferguson. En el volante se sentó Guntry.

—Tú atrás. Conduciré yo. Adiós, Ferguson. Medite mi oferta. Tiene de tiempo hasta el sábado. Saludos a su hermana.

El lujoso «Cadillac» arrancó, camino de la ciudad. Melvyn Ferguson, entrando en la casa, comentó:

—El vagabundo es un sin trabajo, Mary. Un técnico electricista.

—La plancha y los contactos de la nevera necesitan un arreglo, Melvyn.

—Es verdad.

Y Melvyn Ferguson volvió a salir, mientras Mary Ferguson, mirándose al espejo, se arreglaba el cabello. No le cabía duda que había un misterio en la vida del llamado Derek Garfield, técnico electricista. Hablaba como un hombre culto. ¿Un desengaño amoroso? ¿Un carácter independiente?

Había rechazado diez dólares del antipático Dudley, que trataba a Guntry como si fuera un esclavo.

Melvyn Ferguson estaba de nuevo en el altozano.

—Oiga, Garfield: tengo un par de cosas que necesitan una ojeada. Unos cacharros eléctricos.

—Vamos allá. No me tenga rencor por haber acariciado a su amigo Guntry.

—No es mi amigo. Le conocí esta misma tarde.

Entraban en la casa, y Melvyn Ferguson dijo:

—Mi hermana Mary. Derek Garfield.

—Tanto gusto, señorita. Creo haberla visto ya…

—Es…, es en la cocina, ¿sabe? Hay la plancha que… Bueno, usted mismo se dará cuenta.

En la cocina, Garfield pidió un destornillador cinta aislante y un trozo de jabón.

Terminada su hábil reparación sonrió.

—El jabón no era para mí, sino para las junturas desgastadas.

—¿Una copa, Garfield? —invitó Ferguson.

—Con mucho gusto.

—Usted ya conocía a Guntry, ¿no?

—Es un mal sujeto, un matón de alquiler. Desprestigia al otro.

—El señor Dudley es un hombre de negocios que ha recibido amenazas de muerte, y se hace acompañar por Guntry, que tiene licencia policial para llevar armas. A su salud, Garfield.

—A la suya, Ferguson.

—¿Cómo sabe que me llamo Ferguson?

—Tengo el oído fino, y el otro cuando le cuchicheaba que me pidiera los papeles añadió su apellido.

—Es verdad, lo había olvidado. No le extrañe mi suspicacia, pero un técnico como usted…, en fin, así trajeado…

—Comprendo. Bien, tanto gusto, Ferguson.

—Acepte estos diez dólares, Garfield.

—No, gracias. Mi trabajo puede valer a lo sumo un dólar, pero

para usted gratis.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque es usted cortés, y esto no abunda.

—Siéntese, Garfield —sonrió Ferguson—. Vamos a cenar, Mary. Anda, demuestra que eres una experta ama de casa. Cenamos aquí en la cocina y a hora temprana. A las ocho entro en la «Air Ways Michigan». Y a propósito, Garfield, tal vez pueda encontrarle trabajo. Soy piloto de experimentación en vuelos nocturnos. Y los buenos electricistas no están nunca sobrados.

—Se lo agradezco. Pero le tengo que confesar que me echaron del último empleo que tenía… hace ya cuatro, meses.

—Hay mucha crisis.

—No, no. Es que el capataz y yo no estábamos de acuerdo. Era un poco impulsivo, y me dió un empujón. Ya sabe lo que pasa… Yo le di otro empujón. Me dió un puñetazo. Le di otro… Bien, me echaron a la calle. Y como tenía cien dólares ahorrados descansé.

Rió Ferguson.

—Los capataces de mi compañía no dan empujones, Garfield.

—Debe ser interesante su trabajo.

—Mucho.

La cena transcurrió en conversación sobre las ventajas del Estado de Illinois sobre el del Iowa; de la ciudad de Springfield sobre la de Chicago, y al terminar dijo Garfield:

—Este café es estupendo, señorita. Algún día volveré a pasar para que me dé otro. Bien, me voy. Y gracias por todo.

—Venga mañana a esta misma hora, o mejor, telefonee a Mary, y ella le dirá si le he conseguido empleo. Ella trabaja en el «Marshall», y cuándo está desayunando, llego yo a dormir.

—Éste es el teléfono, pero… si tiene prisa por saber si mi hermano le logró trabajo, mejor haría esperando a la salida, porque en los almacenes no gustan de que nos telefoneen como no sean casos urgentes.

—Tal vez sea urgente el deseo de trabajar de Garfield —rió Ferguson—. Pero tiene razón Mary. Mejor que no la telefonee. Sale a la una.

—Prometo afeitarme, darme jabón y alquilar un traje. Buenas noches.

Estrechó Garfield la mano de Ferguson, y sonrió inclinándose

levemente ante Mary Ferguson. Se le oyó alejarse silbando alegremente.

—Un tipo simpático, y que da sensación de nobleza de carácter. Casi me agradó que zurrase a Guntry.

—Muy antipáticos tus amigos.

—No son amigos. El señor Dudley me ofrece un contrato magnífico. El doble de mi sueldo para pilotar su avión particular. Me lo estoy pensando.

Derek Garfield, media hora después estaba en la ciudad. En un tugurio que alquilaba camas en el barrio del hampa pidió una sopa de cinco centavos. Mostró la moneda, y entonces el chino que atendía la sala de copudas hundió el cazo en una olla.

Cogió Garfield el plato, y el chino con rapidez la moneda. Se encaminó a una mesa ocupada por otro sujeto tan astroso como él.

Los dos empezaron a comer la sopa emitiendo ruidos.

—Una noche estupenda, compadre —dijo el otro.

—De las que alimentan, tuerto —replicó Garfield.

El otro vagabundo, cuya cuenca derecha estaba cubierta por un tafetán, replicó bajando la voz:

—Me han enviado aquí, Derek.

—No cites nombres. Me dijeron que el enlace llevaría un tafetán de color blanco sujeto con esparadrapo en cruz. Pero también parece ser que el negocio que se huele es grande. Perdona, tuerto, pero necesito más seguridades. Vamos a pasear.

En la calle, el agente del
F. B. I.,
que actuaba de enlace, sacó una hoja de periódico del bolsillo.

—Bajo aquel farol. Puedes leer.

Derek Garfield desdobló la hoja en cuyo centro estaba adherida la cartulina de identificación a nombre del agente, con su foto con la caracterización que empleaba para frecuentar los barrios bajos.

—Bien. De acuerdo. ¿Me conoces, «Tuerto»?

—Sí. Te he visto en la pantalla del Departamento. Tienes el dedo meñique de la derecha algo desviado de resultas de una rotura.

—Debe ser algo muy importante el asunto en que está metido Henry Dudley cuando andamos con tanto misterio.

—Sí; parece de categoría y difícil de descubrir. Para esto te han mandado a ti, que eres de los mejores en el

F. B. I.

—«Tuerto»: no vale la pena que estemos sin afeitar si citas lo que debes callar. Avisa que el aviador ha recibido esta tarde a las seis y doce minutos la visita de Henry Dudley, acompañado de Guntry. Que por ahora el aviador me parece de buena fe. Que vino Guntry y le soné. Que Dudley se largó convencido de que yo era un sin trabajo. Que es posible que por unos días trabaje yo en la compañía del aviador.

—Me han encargado que te haga saber que bajo ningún concepto aparezcas por…, por la casa. Yo vendré todas las noches al antro este. Hay noticias ciertas de qué vienen a dormir dos tipos enviados por Dudley. No sé quiénes son, pero lo averiguaré.

—Bien; veo que te dijeron que sólo fueras a comunicar si era importante lo que yo averiguaba. Y por ahora lo único importante es qué he visto una joven primaveral, deliciosamente atractiva.

—Ah, se me olvidaba —sonrió el supuesto tuerto—. Dicen en el…, en la casa que desconfíes de tus impulsos amorosos porque eres muy enamoradizo.

—Allí saben que primero es mi trabajo, mi gran amor, y después las mujeres, mi segundo amor. Pero ella es diferente, ¿sabes?

—Así se empieza. Ella es diferente…

—Calla, «Tuerto». A dormir, «Tuerto».

—Bueno, hediondo.

Poco después, tendidos cada, uno en una esquina, en paños menores, ambos agentes del

F. B. I.,

roncaban sin fingimientos.

CAPÍTULO II

Al salir a la una de los almacenes, Mary Ferguson sentíase nerviosa. Persistía en pensar que existía algún romántico misterio en Derek Garfield. Podía ser un famoso pintor o un célebre escritor de incógnito. Había oído hablar de intelectuales, que temporalmente adoptaban la existencia azarosa de los vagabundos.

Buscó con la mirada por la amplia acera, muy concurrida de gente que en las dos direcciones se apresuraban hacia los bares, entradas del «Metro», y hacia las paradas de autobuses.

Él había prometido asearse. No le cabía la menor duda de que un traje limpio, afeitado y con zapatos normales, Derek Garfield debía tener una apostura excelente, aunque le costaba imaginárselo, por cuánto lo único que recordaba, aparte el color y expresión de los ojos, los rasgos faciales, cuya parte inferior estaba erizada de áspero pelo, y la estatura, era el sucio fieltro, el más sucio traje y aquellos horribles zapatos dotados de aireación artificial.

Vió a un gallardo joven de traje gris cruzado, sombrero marrón, rostro decidido, y avanzó hacia él, que pasó de largo.

Y por fin, recostado contra un poste en la esquina de la acera, estaba el idénticamente astroso Derek Garfield de la tarde anterior.

Era la perfecta imagen del vagabundo, del derrotado por la vida o por la desidia. Y, sin embargo, daba impresión de salud, de energía…, de misterio, pensó ella, acercándose.

Tocó él su sombrero saludando.

—Excúseme. No he podido asearme. Los negocios me tienen atareadísimo. Está usted maravillosamente preciosa, Mary.

—Lástima que no pueda decirle lo mismo. El afeitarse a diario, el jabón y la ducha son elementos de higiene primordial para tener una mente sana.



El afeitarse a diario, el jabón y la ducha son elementos de higiene primordial.

—Mi mente disfruta de excelente salud, Mary. No sea usted gruñona. ¿Qué esperaba? ¿Un Tyrone Power recién salido del modisto?

—Esperaba la cortesía de que no se presentase así. No es que me preocupe la opinión ajena, pero su compañía resulta demasiado

vistosa. Espero que hará más honor a mi hermano, que le ha conseguido un trabajo a prueba por siete noches en su compañía. Él confía en usted no sé por qué.

—Lo que pasa es que los hombres no damos importancia a las apariencias. Si yo hubiese venido de gala, usted…

—De gala, no. Bastaba con que se hubiese afeitado y sacudido el polvo de la ropa, si es que así puede llamarse lo que lleva usted encima. Y estos horribles zapatos… Está tardé, a las siete, mi hermano le espera en casa. Hasta luego.

Ofendida y a la vez mortificada por demostrarlo, Mary Ferguson apretó el paso, alejándose.

Derek Garfield tenía de momento mayores preocupaciones, y también pensaba que aquella tarde a las siete volvería a ver a Mary Ferguson.

Caminó en dirección opuesta a la joven, y poco después entraba en el Lincoln Park, cuyas últimas alamedas perdíanse ya en el campo, en las afueras sin edificaciones.

En un altozano, «El Tuerto» estaba fumando su pipa adosado a un árbol. Sentóse a su lado Garfield. El paraje era solitario, y podían divisar cualquier movimiento de personas en un radio de una milla.

—Ya podemos hablar claro, Derek. Me llamo John Saunders, y llevo diez días tras un tipo llamado Bernstein. Un tipo que va reclutando pistoleros por los barrios bajos. Y al parecer hay relación entre tu trabajo y el mío.

—¿Qué pinta tiene Bernstein?

—Fácil de identificar. Un rostro achatado, alto, elegante, ojos muy negros, cabello crespo. Un judío. Malas pulgas, y listo como el diablo. Usa poco la pistola, y prefiere el cuchillo. Lo lanza bien. Tiene partido entre las mujeres.

—¿Para quién trabaja?

—Maffia.

La mención de la asociación tenebrosa de la «Mano Negra» complació a Garfield. Le gustaban los asuntos complicados.

La Maffia, «Manó Negra», y también llamada «Asociación Siciliana», por ser sus componentes en su mayor parte sicilianos, fué al principio de su creación una sociedad destinada a proteger en los Estados Unidos al emigrante italiano.

Pero dicha Organización fué poco a poco derivando en un

sindicato de malhechores. Un sindicato con poderosos elementos disfrutando de elevada posición con influencia.

—Si Bernstein es de la «Maffia», ¿contra quién recluta pistoleros en los bajos fondos?

—Esto es lo que tengo que averiguar; pero al parecer, dice el jefe, que no sería extraño que Bernstein buscase una infiltración en las filas de Joe Tampa.

—Le conocen demasiado.

—No sería Bernstein el que se colocaría entre los elementos de Joe Tampa, sino que buscarían un tipo apto para infiltrarse. Resumiendo, Derek: el jefe está convencido que Joe Tampa prepara un golpe de envergadura; algo sensacional, puesto que Henry Dudley, su lugarteniente «cordero», también anda reclutando gente rara, tal como el aviador nocturno Melvyn Ferguson.

—Aclaremos, a ver si he entendido bien. El jefe opina que Henry Dudley, obedeciendo instrucciones de Joe Tampa, su patrón, prepara un golpe de envergadura que no se sabe en qué consiste. Y que Bernstein trabaja para la «Maffia», tratando de aprovecharse del golpe que prepara Tampa por mediación de Dudley. ¿Es así?

—Así parece. Bernstein quiere averiguar qué es lo que prepara Joe Tampa. Y nosotros también.

—Entonces vamos por buen camino. El chico. Ferguson se verá conmigo esta tarde, a las siete. Parece que me ha encontrado trabajo. Estando yo a su lado sabré lo que desea de él Dudley. Y este debe saber que la «Maffia» le pisa los talones, porque pretexta haber recibido amenazas de pistoleros.

—Es un «cordero».

Entendían por «cordero» al prohombre de aparente vida honorable que recibe emolumentos crecidos de un jefe de *gang*, como lo era Joe Tampa.

Dijo Garfield:

—Trata de hacerte reclutar por Bernstein.

—Es difícil. Bernstein es desconfiado. Tiene olfato. Eleva veinte años metido en la «Maffia» porque cuando vendía helados a sus doce años era ya enlace de los sicilianos.

—Cuídate, Saunders. Si esta noche voy a trabajar en la Compañía de Ferguson te veré aquí mismo a media mañana. Cuídate, «Tuerto».

—No te preocupes, «Apestoso».

Ambos se estrecharon la diestra. Sabían que cada vez que un agente había seguido pistas por las que merodeaba la «Maffia», mal fin había tenido.

—¿Tú sabes por dónde anda Bernstein, Saunders?

—Almuerza en el automático del «Pigeon», en la 47, tras los Mataderos. Tiene fama de caritativo, porque los que necesitan dinero le van a pedir.

—Yo necesito dinero. Hasta la noche o hasta mañana, Saunders.

Por el camino, hacia la calle cuarenta y siete, Derek Garfield iba poniendo en orden el laberinto cuya salida quería encontrar el F. B. I., un laberinto en el que había metido a Saunders, tras la pista de Bernstein, y a él mismo, tras los pasos de Henry Dudley.

Por lo visto, Joe Tampa había preparado un asunto importante, y la Maffia deseaba aprovecharse de la labor de Tampa.

Para el F. B. I., lo que interesaba era averiguar de qué se trataba. Y los obstáculos eran la banda de Joe Tampa y Henry Dudley, y sus rivales la Maffia, una de cuyas secciones, dirigida por Bernstein, llevaba, aunque por distintos motivos, el mismo camino que John Saunders y Derek Garfield.

El «Pigeon» era uno de tantos, establecimientos donde la máquina pregonaba su triunfo sobre el hombre.

Aparatos de todas clases, desde el que servía café por diez centavos, hasta el que perfumaba la solapa por cinco centavos.

No había otro servicio humano, que el de dos vigilantes reparadores, al cuidado de que ninguna de las máquinas cesara en su cometido de tragaperras.

La concurrencia del «Pigeon» era una mezcla: desde el matarife hasta el harapiento «pinchadespojos». Vendedores de periódicos, camioneros, vagabundos, tratantes de ganado, y por entre ellos, numerosas mujeres de toda condición.

Tan pronto, por error o curiosidad, entraba en el «Pigeon» alguien perteneciente al mundo normal, no tardaba en irse, molesto, porque las miradas de los habituales eran más impresionantes que cualquier gesto de amenaza.

La entrada de Derek Garfield no provocó ninguna, mirada de sospecha en la sala rodeada de franjas de espejos.

Uno de los guardianes se le aproximó para espetarle a modo de cordial saludo:

—Nada de sacudir las máquinas de premio, o te sacudiremos. No te acerques a la de bolas.

Las máquinas de bolas eran las que una vez introducido medio dólar, y tras unos cuantos giros de manivela a gusto del consumidor, empezaban a rodar vertiginosamente unos rodillos con diversas figuras.

Si coincidían tres naranjas y dos limones, la máquina escupía diez dólares. Si cuatro naranjas y un limón, veinticinco dólares, y el premio mayor, las cinco naranjas, el repóker, valía al afortunado depositante del medió dólar, cien.

—No te preocupes —sonrió amablemente Garfield—. Soy un hombre sin vicios.

Se acercó al conjunto de cilindros de cristal que transparentaban emparedados de diversas clases y precios.

Depositó una moneda de diez, y el plato ascendente colocó ante el espacio vacío de cristal un sandwich de pan negro, mostaza y salchicha.

Otra moneda le sirvió un vaso de papel con cerveza ligera. Con ambos productos, fué a sentarse a una mesa.

En la contigua, estaba un hombre llamativo. Vestía un traje cruzado de piel de tiburón, gris azulado, con reflejos metálicos. Una corbata ancha de estrías granates, blancas y verdes.

Las espaldas eran muy anchas, y estrecha la cintura. La cara de aquel individuo era achatada; magra, sobresalientes los pómulos, la frente y maxilares.

Los ojos, hundidos en las órbitas, eran intensamente negros, y el cabello corto, se encrespaba en menudos caracolillos alrededor de su cráneo como un casco.

Estaba terminando de comer, y le servía con gestos respetuosos, un individuo grueso, que pretendía ser elegante.

A la otra mesa, a su izquierda, tenía Garfield a un clásico tratante del Oeste. Rojiza la cara, bastas las manos, ancho el sombrero.

El bolsillo posterior le abultaba con una cartera. Y Derek

Garfield tuvo una idea. Sabía que Bernstein, sin mirarle, le estaba observando, valiéndose de uno de los espejos de la pared.

Se aproximó en el banco al tratante. Dejó su mano derecha sobre el asiento, avanzándola lentamente hacia el bolsillo posterior del pantalón del hombre que estaba masticando un voluminoso bisté.

Derek Garfield se reclinó poco a poco hacia el lado izquierdo. Sabía que podían suceder dos cosas: si el tratante se daba cuenta, trataría de escapar, pero así habría logrado llamar la atención al «caritativo» Bernstein.

Si atrapaba la cartera sin ser apercibido, también Bernstein se fijaría en él. Hacía tiempo que el
F. B. I.,
buscaba en vano alguna prueba evidente contra Abe Bernstein.

Sus dedos rozaban ya la pernera del pantalón. Cuando desde su mesa Abe Bernstein dejó oír un seco chasquido con la lengua contra el paladar.

Lo repitió, y Derek Garfield se quedó inmóvil, esperando. La voz imperativa de Bernstein llamó:

—¡Eh, amigo, venga acá!

Derek Garfield siguió inmóvil, como si no fuera él quien había sido llamado por Bernstein.

Vió que el gordo servidor de Bernstein, atendiendo a señas de éste, se le aproximaba, y deteniéndose ante su mesa, le dijo:

—¿No oyó? Le llama el patrón.

—¿Quién es el patrón?

—El señor Bernstein. Vaya allá, a la mesa de la derecha.

Derek Garfield se levantó como contrariado. Al aproximarse a la mesa de su derecha, vió los ojos penetrantes de Bernstein detallándole, mientras curvando el índice hacía, abajo, le hacía señas de que se acercara a su lado.

—Usted es nuevo aquí —dijo Bernstein.

—Sí, señor —replicó, respetuoso, Garfield.

—¿De dónde?

—De por allá.

—¿Prudente, no? Bueno, siéntese aquí, que tengo que advertirle de algo importante. En este bar no quiero rateros.

—Muy bien hecho, señor Bernstein. Los rateros Son la plaga de las sociedades bien organizadas.

—¿Chistoso, no? Le estuve viendo mientras intentaba deslastrar de su fajo de billetes a aquel provinciano. ¿Sabe usted lo que hubiera sucedido si él se da cuenta?

—La buena vida me ha dado músculos en las piernas y en los brazos, señor Bernstein.

—¿De qué me conoces?

—El gordo me dijo que el señor Bernstein me llamaba. Yo, cuando oigo a un tipo como el gordo, llamar a alguien señor, me descubro. Usted debe ser muy señor.

—¿Cuánto supones que había en la cartera del provinciano?

—Lo suficiente para veranear unos meses.

—Tienes cara de granuja listo.

—Mejorando lo presente, señor Bernstein.

Abe Bernstein crispó el puño derecho. Después, sonrió.

—¿Tienes ficha?

—Por allá, sí. Por acá, no.

—¿Limpiando carteras?

—Sangré a uno que molestaba a otro.

—Ya. Empiezas a interesarme. Tienes más o menos mi talla, y un traje mío no te sentaría mal. Mejor te sentaría aún con un rollo de veinte billetes de a cien en el bolsillo.

—Un traje así es de los que me hacen suspirar, señor Bernstein.

Abe Bernstein fijó sus ojos en el semblante del agente.

—Huele a policía por aquí, amigo —dijo, sonriente.

—Un perfume poco grato. ¿Es usted inspector?

Rió Bernstein.

—Sabes bien que no soy policía. ¿Conoces al tuerto aquel que ha entrado hace unos minutos?

Miró Garfield hacia la máquina de emparedados, ante la cual, el agente Saunders parecía discutir mentalmente las ventajas de cada columna.

—Duerme en mi hotel.

—Ya. Lleva unos días que me está acechando. Me da el pálpito que es del

F. B. I.

—Pues mal lo pagan, porque va todavía peor que yo.

—Un truco gastado. Tú mismo puedes ser un

F. B. I.

—Y usted puede ser un Chiang-Kai-Sek.

—Escucha, amigo. Esta tarde, a las seis, en el piso diecisiete de este mismo edificio, estaré bebiendo una copa. Ven y tendrás un buen traje, con derecho a dos mil en el bolsillo.

—Desde muy pequeño no creo en Papá Noel.

—Tú y yo nos vamos a entender. ¿Cómo te llamas?

—Derek Garfield.

—Puedes valer más que un ratero, si no te equivocas conmigo. Yo, de tres a cinco y media, estaré aquí jugando al naipe. Si de tres a cinco y media aquel vagabundo se cae al lago, y lo sacan ahogado, sólo tienes que preocuparte de que no te pesquen.

—Escuche, patrón. Si yo soy del
F. B. I.,
me pondré de acuerdo con aquél y le engañaremos.

—Engañarme a mí es dificililillo, Derek.

—Anoche aquél me invitó a tabaco. Me habló de un tipo llamado Guntry.

Los ojos de Abe Bernstein se estrecharon. Susurró:

—Guntry es un cerdo.

—Eso dije yo.

—¿Conoces a Guntry?

—Ayer por la tarde le pegué una paliza.

—Vaya… Me estás interesando mucho, Derek.

—Soy alguien importante, patrón.

—¿Sabes quién es Guntry?

—Una vez que me dió por trabajar y traía ganado a los *Stocks*, vi a Guntry. Volví a verlo, y me dijeron que trabajaba para el «cordero» de Joe Tampa, un tal Henry Dudley.

—Sabes mucho, Derek —dijo Bernstein, apreciativamente.

—Quiero hacer fortuna en Chicago, y estoy en caminó de hacerla.

—Ya… ¿Y por eso ibas a quitarle la cartera al sujeto aquél?

—Para comprarme ropa y jabón.

—Sigue hablando de Tampa, Dudley y Guntry.

—El vagabundo tuerto me dijo que si yo averiguaba lo que se proponía Guntry, habría dinero a repartir. Pero no pensaba yo que a usted le interesase Guntry.

—Mucho. ¿Qué opinas del tuerto?

—Me como el sombrero si no es un policía.

—Cárgatelo, y ven a verme a las seis. Pero oye. Si juegas sucio conmigo…

—Usted me llamó, y me ha ofrecido un traje y dos mil. Poca cosa es para empezar, porque tengo ambiciones. El gordo, que venga conmigo.

—¿A dónde y para qué?

—Al lago, y para ver cómo me gano los dos mil y el traje.

—Explícame cómo lo harás.

—Voy al tuerto y le explico que usted me ha ofrecido dinero para que me lo cargue. Es el mejor método para inspirarle confianza.

—Eres muy listo, Derek. No te cargues al tuerto. Sonsácale por qué me acecha. Si lo averiguas, ven a las seis.

—Puedo averiguarlo y cargármelo. ¿Paga doble?

—El tuerto te está viendo hablar conmigo.

—Por eso mismo. Ahora le diré que usted me ha ofrecido dos mil para quitarlo de en medio. Le sugeriré al tuerto que se esconda, y que así yo le engaño a usted, y podremos él y yo sacar buenas tajadas. Él, conseguir pruebas para la policía, y yo, dinero.

—Vales, Derek.

—Él se esconde, confiando en mí. Y cuando convenga, le suprimimos. Y usted bendecirá el momento en que me llamó.

—Puede que sí, puede que no. Vete. A las seis te espero.

Levantóse Garfield, dirigiéndose al sitio donde John Saunders bebía melancólicamente un vaso de cerveza.

—Te ha olido, Saunders. No sirve de nada que le vigiles. Tengo otro plan que ahora te expondré. Creo que desconfía de mí, pero sabré convencerlo. Vámonos.

Salieron los dos. Abe Bernstein señaló al gordo su propia mesa, en cuyo cristal había apoyado las manos Garfield.

—Saca las yemas. Mándalas a Calvert. Necesito saber a quién pertenecen las yemas del vagabundo Derek Garfield.

En el laboratorio del
F. B. I.,
el agente Calvert, de vuelta de almorzar, compulsó el registro de fichas, hasta que los mecanismos complicados arrojaron una cartulina idéntica en sus impresiones digitales a la que había sacado

el cómplice de Bernstein de las huellas dejadas sobre la mesa.

A las cinco de la tarde, al abandonar el laboratorio, el agente Calvert entró en un bar, desde cuya cabina telefónica efectuó la llamada convenida con el gordo secuaz de Bernstein.

—¿Eres tú, Fat?

El gordo, replicó:

—¿Quién va a ser, si no?

—Ven a recoger los datos donde sabes.

A las seis menos cuarto, Fat regresaba al piso dieciséis, donde Abe Bernstein cogió el sobre, lo abrió y leyó lo mecanografiado por el agente del
F. B. I.
Calvert.

> «Huellas entregadas para examen, pertenecen al agente Derek Garfield, del Departamento Secreto».

Abe Bernstein aplicó la llama de su mechero al sobre y a su contenido. Sonreía como divertido.

—¿Qué era, patrón? —preguntó Fat.

—Derek Garfield quiere jugar conmigo, y voy yo a jugar con él y todos sus colegas. Atiende, Fat… Le vamos a tratar bien, como a uno de los nuestros. Nos conviene tenerlo metido en el cepo, sin apretar las clavijas, hasta que no llegue el momento preciso. Seguro que anda tras lo de Joe Tampa. Lo que averigüe él, trabajo de menos para mí. Es un tipo listo. Por un momento le creí apto para enrolarlo en la Maffia. No se puede tener confianza, ni en la sombra de uno mismo.

—En mí, sí, patrón.

—De un momento a otro llegará Garfield, y veremos qué nueva historia se trae.

—¿Aviso a los semínolas, patrón?

—Todavía es pronto, Fat. La baraja se presenta bien. El agente Garfield habrá convencido al agente tuerto de que desaparezca. El agente Garfield estará seguro de ganarse mi confianza, y así el
F. B. I.,
sabedor de que Garfield está a mi lado, espiándome, me dejará en paz. La baraja se presenta bien.

—El caso es que el
F. B. I.,
te sigue, patrón.
—Hace ya años.
—Y Joe Tampa puede olerse que intentas pisarle el terreno.
—El
F. B. I.,
y Joe Tampa, reunidos, son poca cosa.
Miró Bernstein su reloj. Faltaban cinco minutos para las seis.
—Tengo ya ansiedad por saber qué nueva historia ha pensado el agente Derek Garfield. Esta vida es bonita, Fat. Es la caza del hombre con engaño y reclamo. Vete abajo. Y recuérdalo. Has de portarte con naturalidad con el agente Garfield, para que se sienta uno de los nuestros, y así pueda yo trabajar en las mismas barbas del
F. B. I.,
ayudado por uno de sus mismos agentes.
—Ojo, patrón, que Garfield no pille alguna prueba contra ti.
Con rapidez amagó Bernstein un gancho lateral con el puño izquierdo. Fat retrocedió, pálido:
—Ya sé, patrón, ya sé; pero era por tu bien. No me gusta el
F. B. I.
—Largo, Fat. Espera abajo. Y no se te vuelva a ocurrir darme consejos.
Marchóse Fat, y Abe Bernstein, apoyado, contra las cristaleras, contempló el atardecer de primavera sobre la populosa ciudad. Le gustaban los hombres con talento, y estaba pensando qué nueva supuesta franqueza inventaría el agente Derek Garfield.

CAPÍTULO III

Derek Garfield, en la acera frente al «Pigeon», caminó hasta quedar fuera de la vista desde el interior. Entonces, advirtió, rápido:

—Sigue hasta la Cincuenta y Una con el Parque. Espérame.

Alejóse John Saunders, y Garfield, quitándose el sombrero, aplicó el semblante a una rendija, entre el toldó y el hierro de la terraza.

Quería saber si Bernstein le hacía seguir por alguien. Vió a Bernstein señalándole al gordo su mesa. Silbó entre dientes al observar que el gordo, sentándose, sacaba de su bolsillo algo que parecía un salero, cuyo polvo blanco vertía sobre el cristal.

Precisamente en el mismo lugar donde él antes había apoyado las dos manos. Y veía al gordo aplicar sobre los polvos esparcidos un papel absorbente.

Corrió hasta alcanzar a John Saunders.

—¿Viste el gordo que rondaba por donde estaba yo con Bernstein? Medio calvo, vestido de azul…

—Sí.

—Está obteniendo mis huellas dactilares sobre la mesa. Coge aquel taxi y acéchale, siguiéndole donde vaya. Si quiere obtener mis huellas, es necesario saber a quién se las da.

—¿Se lo impido?

—No. Averigua dónde va y a quién le da mis huellas. Te espero en la ribera del Grant, en los pontones. Y, sobre todo, que no te vea ese tío gordo.

Ante la tardanza de Saunders, empezó Garfield a temer que le hubiera sucedido algo. Pero por fin llegó Saunders, sentándose a su lado, al borde del embarcadero.

—Ya saben que eres del

F. B. I.

El gordo llevó tus huellas a Mark Calvert.

—Bueno. Conviene que siga Calvert funcionando, hasta que llegue el momento de cogerle. No hay que poner sobre aviso a Bernstein. Éste se ha dado cuenta de que le sigues. Me ha ofrecido dinero para sonsacarte y quitarte de en medio. He propuesto que te escondas. Yo haré tu trabajo.

—Pero ahora Bernstein sabe…

—Déjalo de mi cuenta.

—Te puede recibir a cuchillazos.

—No lo hará antes de escucharme.

—Cuidado con Bernstein, que es de alivio.

—Caerá. Lo único que se necesita es paciencia y suerte. Ambas cosas las tengo. Ahora, tú desapareces. Métete en un hoyo, pero no aparezcas hasta que yo te avise comunicando al enlace de la centralita, al cual le dirás dónde te escondes. ¿Está claro?

—Completamente obscuro, Garfield. Nosotros vamos tras unos, qué a su vez se vigilan, para preparar algo que no sabemos, y…

—Olvídalo. El rompecabezas será sencillísimo muy pronto.

Un policía tocó con su porra en el hombro a Garfield, que alzó la cabeza. Severamente, el policía gruñó:

—Prohibido estacionarse aquí. Circulen.

—Circula, compadre; circulemos… —sonrió Garfield, levantándose—. ¿Y por qué no nos podemos estacionar aquí los que no podemos ir a la playa de Miami, agente?

—Circulen, circulen —repitió el guardia, agitando su porra.

Los dos supuestos vagabundos abandonaron el embarcadero hacia la ancha avenida.

—Lo que es la vida. Todo apariencia. El agente creyó que esperábamos la obscuridad para intentar robar fardos de los almacenes. El traje lo hace todo, Saunders.

Ascendían por una escalera lateral, cuando un coche que venía tras ellos frenó de pronto.

Ambos no se dieron cuenta y llegaron a la calle superior, que conducía al Parque Grant.

Del coche habíase apeado Guntry, acompañado del que estaba al volante.

—Éste es el tipo que ayer nos espiaba al señor Dudley y a mí, Elmer. Va al parque.

—¿Qué vas a hacer, Guntry?

—Invitarle a que suba al coche con nosotros. Éste me las paga. Coge el volante y ciérrales la calle.

Corriendo subió Guntry las escaleras. Al pisar la calle Cincuenta y Una, vió a medio centenar de metros a los dos vagabundos camino del parque.

Apresuró el paso. El coche guiado por su secuaz aparecía al otro extremo avanzando lentamente, bordeando la acera.

Por las aceras transitaba bastante gente. El del volante frenó, deteniendo el coche. Sacó la cabeza por la ventanilla, llamando:

—¡Pssst! Sí, ustedes dos, ¡eh!

John Saunders y Derek Garfield se aproximaron.

—¿Quieren ganarse cinco pavos? —preguntó el del volante.

—Depende —replicó Garfield.

—Una broma a un amigo. Suban uno atrás y el otro a mi lado. No hay más que hacer, y son cinco pavos.

Guntry completó el «cierre», deteniéndose tras ellos dos. Aplicó contra la espalda de cada uno su bolsillo, con la pistola dentro.

—Arriba. Tú, atrás —le ordenó a Garfield—. Elmer, invita al otro. Sin titubeos.

—Pasa mucha gente, Guntry —dijo Garfield, vuelto a medias.

—¡Sube, o te abraso!

El del volante abrió con fuerza la ventanilla, que chocó contra John Saunders. El filo metálico de la puerta se incrustó en la frente y rostro del agente, que se tambaleó.

Empujado en sentido contrario por Guntry, fue a caer Saunders en el asiento delantero. Cerró aprisa la portezuela Elmer.

Guntry mantenía su bolsillo contra la espalda de Garfield, quien subió. Todo transcurrió, en segundos, y el coche arrancaba ya.

En el asiento posterior, Guntry hincó su pistola en un costado de Derek Garfield.

—Aprisa, Elmer, hacia la del norte.

El que conducía, murmuró, mirando por el retrovisor:

—Se ha muerto ése. La puerta le cascó los sesos. Fué un golpe de mala suerte para él.

Derek Garfield crispó los puños. John Saunders había muerto neciamente, rota la frente por el impacto de una portezuela.

El coche corría ahora por la carretera de los muelles hacia el norte, dominando los hangares y docks.

Saltó Garfield hacia delante, y, revolviéndose, hincó sus codos en el cuello y cara de Guntry.

Forcejearon ambos, mientras el del volante por el retrovisor, y conduciendo con una mano, llevábase la otra a la axila.

La rodilla de Garfield golpeaba sañudamente el estómago de Guntry, mientras atenazaba la muñeca armada.

Guntry se revolvía ferozmente. El del volante frenó bruscamente. En largo revés el puño izquierdo de Garfield chocó contra el rostro del llamado Elmer.

El coche subió sobre la acera, y Elmer gritó, a la vez que, medio atontado, trataba de recuperar el dominio del volante.

Guntry, sin sentido, cayó a un costado. De su mano cogió Garfield la pistola, cuyo contenido vació contra el del volante.

El coche dió un giro sobre el tren posterior, embistiendo la valla con estrépito que se confundió con los disparos.

Soltó Garfield la pistola, empujando la portezuela, y saltando para rodar por la acera, al mismo tiempo que el coche, proyectado hacia delante, surcaba el espacio.

Dió dos vueltas sobre sí mismo, estrellándose contra el techo de un hangar. Rebotó, astillado, para reventar con sus tres ocupantes contra el empedrado delante del hangar.

Medio mareado, Derek Garfield corrió hacia la acera opuesta. Varios coches que en distinta dirección habían visto lo que parecía un accidente, se detenían.

Algún paseante señaló hacia Derek Garfield, que, corriendo aceleradamente, se perdió entre las canteras opuestas a la ribera del lago.

Poco después llegaba al cruce de dos carreteras, donde había un coche patrulla y dos motoristas.

El coche patrulla recibía la señal de alarma.

—¡Atención, coche 12; atención, coche 12! —Gangueaba la radio.

Derek Garfield corrió hacia el coche, cuya receptora decía:

—Milla 7, hangar 9, frente a las canteras, coche estrellado con tres ocupantes…

—

¡F. B. I.!

—gritó Garfield—. ¡Manden los dos motoristas! Es urgente que me

lleven al comisario central. En el coche iba un compañero.

El agente cerró la receptora, y señaló a los dos motoristas la carretera. Partieron ellos, mientras subía Garfield al coche.

Cinco minutos después explicaba Garfield todo lo sucedido. Y la radio daba un comunicado especial cada media hora, anunciando que era buscado el vagabundo que saltó de un coche, que era descrito, y en el que habían hallado la muerte tres individuos que estaban siendo identificados.

A las seis en punto, Abe Bernstein abrió la puerta. Entró Garfield.

—Puntual, Derek.

—Guntry ha muerto, el agente tuerto ha muerto, y Elmer, si sabe usted quién es, también ha muerto.

—Elmer es el chófer de Henry Dudley.

—Los tres se despeñaron por el hangar de las Canteras Verdes.

—Vaya…

—Me vendría bien un baño, ropa y trastos para afeitarme.

—Allí está el baño, Derek Garfield.

—Mande al gordo al depósito. Al gordo, o a quien sea. Están en la cámara de identificación de la Comisaría Central los tres. Puede quien quiera pasar a ver si los reconoce.

—¿Sí? Vaya…

Descolgó Bernstein el teléfono, y comunicó con el bar de la planta baja.

—Llamen a Fat.

Aguardó unos instantes, mientras Garfield se quitaba la chaqueta.

—Fat, manda al chico al depósito de la Central. Que vea si están en las frigoríficas el tuerto, Guntry y Elmer. Telefonea cuando te haya hablado el chico.

Colgó.

—¿Cómo fue la cosa, Garfield?

—Mientras me afeito, podemos charlar, Bernstein.

—Eso es.

Le precedió al cuarto de baño, lujoso, con tres estantes provistos de lociones, cremas de afeitar, colonias, masajes…

—Guntry apareció con el coche, y nos vimos obligados a subir el agente del

F. B. I.,
John Saunders y yo.

—¿El, tuerto era, pues, el agente John Saunders?

—Guntry quiso balearme, pero le gané, cogiéndole el arma y descargándola contra Elmer, y, al perder la dirección, salté. El coche se estrelló, y hay tres menos.

—Vaya… Te has ganado dos trajes y cinco mil. Pero ahora el
F. B. I.,
me pondrá a otro tras mis pasos.

—No.

—¿Por qué?

Garfield se estaba enjabonando el rostro. Dijo:

—Un golpe preparado con tanto misterio por Joe Tampa y Dudley, y seguido por ti, Abe Bernstein, tiene que ser algo de muchos millones. Yo tengo un sueldo de mil por mes, y me he cansado. Saunders tenía por misión pescarte. Yo, pescar a los de Tampa, averiguando lo que se proponían. Ha intervenido un factor con el que no contaba. Mi idea era enredarte, Bernstein. Pero ahora que ha muerto Saunders y que el
F. B. I.,
me cree completamente de tu confianza, ha llegado mi ocasión. La ocasión que he esperado cinco años. Soy el agente… Bueno, era el agente Derek Garfield, del Departamento Secreto del
F. B. I.

—Ya dije que eras un tipo muy interesante.

—Un coche patrulla me llevó a la Central. Dije que ahora podría aparentar ante ti que había dado muerte al agente Saunders, con lo que tú picarías el anzuelo. Tienen plena confianza en mí.

—Sigue.

—Ayer, sabiendo que Henry Dudley iba a visitar a un aviador llamado Melvyn Ferguson, estuve por allí. Melvyn Ferguson me ha ofrecido trabajo, y a las siete tengo que verle.

—Más que nunca interesante, Derek Garfield. Si no he oído mal, me ofreces trabajar conmigo, traicionando al
F. B. I.
Después, intentar meterte en las líneas de Joe Tampa, para traicionarlo. ¿Y a quién le vas a ser fiel?

—A mí. Y, por rechazo, a ti. Si no fuera así, ¿a qué te habría

dicho que soy agente del
F. B. I.?

—Un modo de alucinarme.

—Con callarme, cuando el gordo te diga que han sido vistos de cuerpo presente los cadáveres del agente Saunders, Guntry y Elmer, me habrías cogido cariño.

—Es posible.

—Considero muy natural que sospeches de mí. Suelen haber pocos traidores en el
F. B. I.

—Tenéis muy arraigado eso que llaman decencia, el sentido del deber, la lucha contra el imperio del mal…

Hundió Garfield el rostro en el lavabo, dándose ducha facial alternativa de chorros helados y ardientes.

A la vez iba desnudándose, y sin replicar pasó al compartimiento de cristales de la ducha escocesa.

Abe Bernstein meditaba. Era muy posible que aquel agente, considerando que debía ser de enorme envergadura el misterioso asunto planeado por el genial Joe Tampa, decidiera enriquecerse.

Todos los factores estaban a su favor.

Derek Garfield salió frotándose con amplia toalla rusa.

—Tienes fama de inteligente, Bernstein.

—Hasta conocerte me he creído inteligente.

—Gracias.

—No hay de qué. Has logrado desconcertarme. ¿Me estás de nuevo engatusando? ¿Piensas traicionar al
F. B. I.?
¿Vas a traicionarme? Muchas interrogantes.

—Voy a aclarártelas. Hace apenas una hora, John Saunders era un hombre fuerte, joven, repleto de vitalidad. Ganaba al mes quinientos dólares. Se jugó la piel constantemente.

Chascó Garfield su dedo medio contra el pulgar en el aire.

—¡Es un soplo ahora! Y una muerte casi grotesca. Un choque de portezuela de coche, que coincidió con la parte blanda de su frente. Y muerto… ¿Por qué y para qué?

—Creí que lo habías matado tú.

—No. Le estrelló la puerta Elmer.

—Pareces sincero, Garfield. ¿Qué interés tienes, si no me estás

engañando, en trabajar conmigo?

—Tú eres de la Maffia.

—¿Dicen que lo soy? ¿Y qué es eso de la Maffia? —sonrió, sarcástico, el judío.

—La Mano Negra.

—Cuentos para niños, Garfield.

—Ya, ya… Como el Ku-Kux-Klan y otras sociedades por el estilo. Tú, en un instante puedes disponer de un centenar de buenos pistoleros. Has ido reclutando gente de comprobada dureza. Prefiero pactar contigo, que tratar de arreglarme con Tampa.

Señaló Bernstein un armario. Dijo:

—Ropa interior de seda, camisas ídem, calcetines ídem, corbatas ídem, y elije el traje que quieras. Tienes mi talla y envergadura. Sigue hablando del aviador Ferguson.

—¿Dudley le ha hecho una oferta? ¿Qué clase de oferta? Lo sabré. Melvyn Ferguson me ha cogido aprecio. Ahora voy a verlo. Seguramente me dará trabajo. Su hermana es de estas chicas buenas que quieren regenerar a los que creen balas perdidas.

—Vamos a suponer que gracias a Ferguson entras en contacto con Dudley y Tampa. ¿Te olvidas ya que te has cargado a Guntry?

—Lo sabemos tú y yo nada más. Además, el riesgo me gusta.

—Te comprendo. Creo que, más qué el dinero, nos atrae el riesgo. Es extraño, Garfield, pero te estoy cogiendo ley. ¡Y pensar que hace unas horas estaba meditando la conveniencia de enviarte los tres semínolas!…

—¿Quiénes son ésos?

—Tres indios de Florida, que no tienen igual para hacer hablar al más silencioso y matar con arte.

Se ajustaba Garfield la corbata. El traje cruzado de un claro gris le sentaba a la perfección.

—Estás elegante, Derek.

—Percha que tenemos. Concretemos, Bernstein. Para el
F. B. I.,
yo estoy vigilándote y a la vez tratando de averiguar lo que se propone Tampa por medio de su cordero Dudley. Cuando lo averigüe, tú y los tuyos entraréis en acción. Yo seré el que abra la puerta, porque voy a buscar la llave. El botín, un tercio para mí. ¿Vale?

—Vale. Y escucha, talento… Me llevaría un desengaño si me engatusaras. Empiezo a creer que es cierta tu media vuelta.

—Los hechos hablarán. Un asunto en que tú te interesas, y en el que echa el resto Joe Tampa, merece mi máxima atención. De ahora en adelante, tal vez no convendría que nos viéramos aquí.

—Eres prudente, y me gusta. Yo te mandaré un enlace inofensivo, al bar del centro que tú designes. Una chica monísima. Ésta es la expresión. Tiene cara de ángel. Es corista, y hasta los mismos policías la consideran una angelical e inocente criatura. Te pondrás un clavel blanco en la solapa izquierda. Hora de entrevista, de siete a ocho de la tarde. Elige el bar.

—El mismo «Dady». Bien, Bernstein; ha sido para mí un placer el conocerte.

—El tiempo dirá, talento. Suerte… y ojo conmigo.

Derek Garfield se miró al espejo. Rió:

—Para traidor, estoy de un guapo subido.

Se dirigió a la puerta.

—¿Cómo se llama tu monada?

—Nina Valenti.

Derek Garfield abrió la puerta.

—Te olvidas de algo, Derek.

—¿De qué?

—Los cinco mil.

—No cobro por adelantado. Dame un par de cientos. Me bastarán. Soy un sin trabajo.

Extrajo Bernstein de su bolsillo un rollo, del que sacó dos billetes. Sonó el teléfono. Bernstein, con la mano, hizo señal de que esperase Garfield.

Escuchó la voz de Fat:

—Era cierto, patrón. Y la radio clama. Tres muertos, Elmer, Guntry y un tal John Saunders, el tuerto postizo.

—Bueno. Sube.

Colgó. Miró fijamente a Derek Garfield.

—La Maffia no es un cuento de niños, Derek.

—Eso lo sé, Abe.

—No lo olvides. Y cuidado con Tampa. Es el bicho peor de todos los bichos de Chicago.

Rió suavemente, al añadir:

—Yo no sé cómo catalogarte, Derek. ¿Me estás enredando?

—Ya te he dicho que no había porqué. Adiós. Nos volveremos a ver cuándo sepa ya lo que se trae entre manos Joe Tampa.

Salió Garfield. Poco después entraba Fat, que, ansiosamente, inquirió:

—Los tres semínolas están abajo, patrón. ¿Les aviso?

—Todavía no. Éste me ha dicho que es del F. B. I., y que al ver la tonta manera de morir del otro agente se ha arrepentido y quiere hacer millones. Es inteligente, endiabladamente listo. Veremos a ver cómo respira. Si cumple, cumpliré. Si juega sucio… ¡sabrá quién soy yo! Llama a Nina, y que te diga a qué hora puede verse conmigo. Como es natural, que no olvide todas las precauciones. Nadie debe verla a ella en mi compañía. ¡No, no estoy enamorado de Nina Valenti, gordo! Vete…

A solas, Abe Bernstein sacó de su bolsillo una carterita, en uno de cuyos compartimientos, había una foto. Representaba un rostro femenino de dulce belleza. Un rostro poético. Era de Nina Valenti.

CAPÍTULO IV

Mary Ferguson entró en el jardín, terminado su día de labor en los almacenes. Encontró a su hermano esperándola, y por su expresión comprendió que estaba contento.

Se abrazaron, y, tras algunas banalidades, manifestó ella:

—Hoy estás satisfecho de la vida, Melvyn. ¿Será la primavera?

—Ha llegado el momento de darme autobombo. Como el mundo entero sabe, yo soy uno de los mejores pilotos especializados en vuelos nocturnos.

—De tan sabido, el mundo entero lo tiene olvidado. Y tu modestia reconocida te impide añadir que eres el más genial de los pilotos de todas clases.

—He firmado un contrato con Henry Dudley. Me he decidido. Es un contrato magnífico.

Ella hizo una mueca que no era precisamente de satisfacción. Dijo, como pensando en voz alta:

—No me gusta Dudley.

—Las personales simpatías nada tienen que ver con esto, Mary.

—Pero ¿vas a dejar tu estupenda colocación en la compañía?

—No. Precisamente lo bueno está en que Dudley me ha sugerido que pida dos meses de licencia. Es decir, que si en estos dos meses no me place el trabajo con Dudley, tengo siempre abiertas las puertas de la compañía.

—Así está mejor.

—Iré en calidad de piloto privado de Dudley. Y puedo hacerme acompañar por un ayudante técnico.

—¡Ah!…

—He pensado en Derek Garfield.

—Escucha, Melvyn; este mediodía ya te dije que no debes confiar en Garfield. ¿Qué sabemos de él? Puede ser un ratero.

—Yo tengo confianza en Derek Garfield. Ha tenido mala suerte,

y eso es todo. No tardará en llegar. Son las siete menos diez.

—No comprendo tu simpatía por él.

—Son cosas que no pueden razonarse. Es como tu antipatía por Henry Dudley. ¿La puedes explicar? Yo, mientras no tenga pruebas evidentes, no me dejo influir por sentimientos personales. He visto que Derek Garfield es experto electricista y que es decidido. Me basta. Sé que no me hará quedar mal.

—Ojalá sea así. Un hombre que se complace en estar sucio, no tiene mucha dignidad.

Un taxi se iba acercando, hasta que se detuvo ante la empalizada del jardín.

Ambos hermanos miraron al elegante joven que se apeaba, y que, tras pagar, se aproximaba a la portezuela.

Fue ella la primera en reconocerlo, murmurando:

—¡Es él, Melvyn!

—¿Quién es, él?

—¡Derek Garfield!

—¡Sopla! ¡Qué elegante, amigo! —sonrió, avanzando, el aviador —. ¡Vaya sorpresa, Garfield!

—Buenas tardes. Me prestaron unos dólares, y no quise escandalizar más, sobre todo teniendo en cuenta que a lo mejor empiezo a trabajar. Afeitarse y bañarse es un placer, si no se abusa.

Desapareció ella en el interior de la casa. Mientras, en el jardín, instalándose en los sillones de mimbre bajo el parasol, explicó Melvyn Ferguson:

—Tengo trabajo para usted, Garfield.

—Lo celebro.

—Pero no en mi compañía.

—Ah… ¿Dónde?

—Henry Dudley me ha ofrecido plaza de piloto privado. Puedo llevar conmigo un ayudante técnico. Usted es experto en electricidad, y, además, creo es inteligente.

—Gracias. ¿Tan buena es la oferta de Dudley?

—Puedo probar. He pedido una licencia de dos meses.

—¿Hace tiempo que conoce a Dudley?

—No. Vino a verme, y me dijo que siendo yo considerado uno de los mejores pilotos nocturnos, y teniendo él que efectuar numerosos viajes de noche, venía a ofrecerme un contrato.

—Ya.

—Yo le puedo garantizar un sueldo de treinta semanales, y, naturalmente, comida y alojamiento.

—La gloria. Aceptado, Ferguson, y agradecido. Esto es suerte.

—¿Entiende de aviones?

—Sé que son trastos para volar.

—Bien. Pero basta con que entienda de electricidad, baterías y demás mecanismos. Creo que aprenderá pronto. Hemos de celebrar esto. ¡Eh, Mary, ven acá!

Acudió ella.

—Vamos a celebrar esta noche el nuevo trabajo. Ponte guapa, que nos iremos a algún club nocturno. Anda, por una vez, ¿quién se va a enterar?

Marchóse ella, y prosiguió Ferguson:

—En el contrato hay una cláusula que me exige constante permanencia en el campo donde tiene Dudley su avión.

—Vaya… ¿Y reza esto también con el ayudante?

—Sí. Es una medida de lógico objetivo. El patrón paga bien, y quiere tener siempre al alcance de su llamada a sus conductores.

—¿Y dónde vive Dudley?

—Al norte del lago, en Evanston. Bueno, no es su domicilio, sino una de sus factorías. Usted sabe que Dudley es un hombre de negocios que abarca, muchos asuntos: pasta para papel, embarques de mineral, conservas…

—Un financiero polifacético. Pero ahora estoy yo pensando una cosa. No le caeré simpático a Dudley, quizá…

—¿Por qué?

—No olvide que ayer tarde le aticé a su guardaespaldas. Y allá en Evanston, si me tropiezo con Guntry, el muchacho me hará la vida imposible.

—Afeitado, y tal como va, no le reconocerá ni Guntry. Se lo aseguro. Usted tiene un aspecto muy distinto al vagabundo de ayer.

—Pero mi nombre… Y me sabría mal perder este trabajo.

—Bueno. Aproveche su segundo nombre y su segundo apellido.

—Bien. Entonces, llámeme Fred Alton. ¿A qué club iremos?

—Al mismo «Patriarch». Buena música, espléndidas coristas y se cena bien. El cocinero jefe es francés.

—Vaya por el «Patriarch».

Mary Ferguson salió, demudada, exclamando:
—¿No han oído la radio?
—No. ¿Qué pasa, Mary?
—Han encontrado muertos a Guntry y al chófer del señor Dudley. Están buscando un vagabundo que saltó del coche…
Derek Garfield se levantó, ceñudo.
—¿Y por qué me mira a mí, Mary? Ayer peleé con Guntry, pero no soy ningún asesino.
—No seas necia, Mary —dijo, enfadado, su hermano—. Ya sabes que el señor Dudley temía el ataque de algún pistolero. Atacaron su coche, y eso es todo. Perdónela, Derek…
—Fred —corrigió él—. Si quiere saber dónde estuve toda la tarde, para tranquilizarse, Mary Ferguson, yo le presento la mejor de las coartadas. El club de baños turcos, el sastre, tiendas…
—Yo no le acusé, sino que me limité a anunciar la noticia.
—Más cordialidad, Mary. No sé por qué le tienes antipatía a Fred.
—¿Fred?
—Sí, mi segundo nombre, así como mi segundo apellido es Alton.
—Vámonos al «Patriarch» —dijo Melvyn Ferguson—. Sacaré el coche.
A solas, ella murmuró:
—Excúseme. Fué un pronto, y como ayer habían peleado, y hablaban ahora de un vagabundo, pensé sin querer en usted.
—Olvidado, Mary. Ahora vamos al «Patriarch», a celebrar mi puesto de ayudante del gran piloto Ferguson.

—Te llaman al teléfono, Fat —dijo uno de los concurrentes del bar «Pigeon».
El gordo satélite de Abe Bernstein fué a la cabina.
—¿Quién?
—Avisa al jefe, dile que hay una complicación. Que estoy en el «Patriarch». Que vea el modo de comunicarse conmigo.
Fat subió al piso de Bernstein. Tenía que comunicarle otra noticia. Una noticia que no agradaría al de la Maffia.
—Me han telefoneado del «Patriarch», patrón. No sé quién. Dice que hay una complicación. Que vea el modo de comunicar con él. Me pareció por la voz el tipo de esta tarde.

—Conque el «Patriarch», ¿eh? Mira qué bien… ¿Y qué pasa con Nina? La estoy esperando.

—Me acaban de decir que no puede venir. Que tiene miedo, porque se siente vigilada, y no sabe por quién.

—Bueno. Mataré dos pájaros del mismo tiro. Vamos al «Patriarch». Avisa a los semínolas.

—¿Y por qué elegiste el «Patriarch», Melvyn? —preguntó Mary.

—Es un local tranquilo, buena música, excelente cocina…

—Y espléndidas coristas… —añadió Derek Garfield.

Había ya telefoneado. Y comprobaba que Melvyn Ferguson contemplaba con arrobo a una corista, que a su esbeltez escultórica unía la poética dulzura de un semblante aniñado, de maliciosa inocencia.

También Mary Ferguson se dio cuenta. Sonrió.

—Es bonita, Melvyn.

—¿Quién?

—La que te tiene en suspenso el ánimo cuando sale a la pista.

—Bueno… Es una chica que conocí hace unas semanas, aquí mismo. Preciosa, ¿verdad? Tiene veinte años, y no es como la del chiste.

—¿Que chiste?

—Un padre millonario que, sabedor de que su hijo está a punto de casarse con una corista, llama a su abogado y le dice que anuncie a su hijo que si se casa con la corista lo deshereda. El abogado promete arreglar la cosa, y lo arregló. Maravillado, el padre millonario quiere saber como logró vencer la terca decisión del hijo. El abogado le explicó el truco. No había hablado con el hijo. Se había limitado a anunciar a la corista lo que el padre millonario había dicho. Pero Nina no es de éstas. Es una chica desinteresada.

—Nina es un nombre suave.

—Es italiana. Se llama Nina Valenti.

Hizo una mueca Derek Garfield. Otra coincidencia peligrosa…

Nina Valenti, yendo por el pasillo hacia el camarín general, se detuvo sobresaltada. No podía evitarse un cierto temor cada vez que veía a Abe Bernstein, y, sin embargo, sentíase fascinada, atraída por aquel extraño individuo de rostro huesudo, anchos ojos hundidos y atlética elegancia.

—Hola, Nina. ¿Por qué no quisiste venir?

—Esta noche no tenía fiesta, Abe.

—Cuando yo te llamo, ven, ¿estamos niña? Vas a tratar de entablar contacto con la mesa 12. Hay dos hombres y una chica. Al más moreno quiero verle. Que vaya a mi coche. Lo tengo en el patio. ¡Ven tú con él!

—La mesa 12… Conozco al otro. Es un aviador llamado Ferguson. Un buen chico. Está enamorado de mí.

—Muchos son los que están enamorados de ti. Anda, cámbiate, y ven con el otro, que se llama Derek.

Derek Garfield se incorporó a medias cuando, al acercarse Nina Valenti, presentó Ferguson a ambos.

Bailaron Mary Ferguson y Garfield, y poco después invitaba Garfield a la italiana.

—Usted se llama Derek.

—A ratos. Prefiero llamarme Alfred Alton.

—Bernstein quiere verle. Le espera en su coche, allá en el patio trasero. Yo tengo que ir con usted.

—Busque una excusa para el aviador. Bebe los vientos por sus encantos. No vaya a cogerme celos. No me interesa.

—Busque usted la excusa.

—Vaya con ellos, y dígales que un amigo me ha llamado. Después, vea usted el modo de reunirse con nosotros.

Abe Bernstein sentábase atrás. Al volante, dormitaba Fat. El patio, amplio, tenía aparcamiento de coches.

—¿Qué hay, amigo?

—La complicación es magnífica, Bernstein. El piloto está contratado por Dudley, y me ha ofrecido ser su ayudante. Pero no podremos salir ni él ni yo de la propiedad de Dudley en Evanston.

—Va todo a pedir de boca. ¿Por qué no vino contigo Nina?

—El aviador está enamorado de ella. No quería que me cogiese celos. Vendrá pronto.

—¿Llevas arma?

—No.

—Toma ésta.

Alzó Bernstein un bolsín lateral, de donde sacó una pistola con cargador ametrallador.

—Para cenar y bailar no me hace falta este armatoste.

—Huelo a jaleo. Nina tenía que venir, y no se atrevió. Dice que se sabe vigilada. Y serán tipos de Joe Tampa, que habrán localizado que ando yo tras ella.

—Malo. Si los tipos me han visto con ella, después, al yo meterme en casa de Dudley, pueden reconocerme y decírselo a Tampa.

—No se lo dirán, si las cosas van como creo.

—Cuando venía, vi en otro coche tres tipos acechándome.

—Son los semínolas. Mis tres ejecutores. Si, como creo, es gente de Tampa la que vigila a Nina, esperando cogerme, los vamos a liquidar. El truco es sencillo. Subirá Nina, y entonces los tipos de Tampa nos vendrán detrás. Los cogeremos entre dos fuegos. Entre el nuestro y el de los semínolas.

—Tu póliza de seguro de vida debe ser crecida.

Nina Valenti se acercaba, presurosa. Subió, sentándose entre Bernstein y Garfield.

—Les dije a los Ferguson que iba usted a charlar con un amigo. Y yo pretexté que la modista me esperaba. Tenemos, pues, una hora larga… ¡Abe, me están vigilando! Y no son de la policía.

—No te vigilan a ti, sino que esperan verme a mí. Ya me han visto. ¡En marcha, Fat!

El gordo giró el volante, dando marcha atrás. Dirigióse el coche hacia una de las puertas de salida, al callejón posterior.

—¡Abe, un coche atrás! —gimió ella.

—Eso es lo que quería —replicó Bernstein, mirando por un retrovisor colocado a su lado—. Van seis. Sí, son los de Tampa. Desearán liquidarme. Hacia el Norte, Fat. Tiéndete en el suelo. Nina. Y estate quieta. No pasará nada. Quiero enviarle un mensaje a Joe Tampa. Cuando sus seis pistoleros estén tiesos, sabrá que para meterse conmigo hacen falta medios más astutos.

El coche iba progresivamente acelerando, bordeando, alejándose del lago, para entrar en la carretera que se remontaba junto al Illinois, cuyas aguas estrechábanse ya próximas a sus fuentes de origen.

De vez en cuando Bernstein miraba atrás. En el Suelo Nina Valenti temblaba espasmódicamente.

La carretera iba ya espaciando las edificaciones.

—Pisa más, Fat. Se están aproximando… —dijo Bernstein.

Hablaba en tono tranquilo:

En el suelo, Nina Valenti murmuró:

—Yo no debí nunca conocerte. Abe Bernstein. Ahora… estaré en peligro. Pueden, matarnos.

—No. Estaremos una temporada escondidos, hasta que termine yo con la banda de Tampa. O nos convenga irnos lejos de los Estados. Colócate más a la izquierda, Derek. Está blindado.

—En casa de Dudley me llamaré Fred Alton, mis otros dos nombres. Lo he convenido con él aviador.

—Bien. ¡Vira por el Este, Fat!

El coche describió un ceñido viraje, penetrando en la secundaria. Ya no había más que aisladas granjas…

Un resplandor fué aumentando a un centenar de metros detrás.

Abe Bernstein se arrodilló en el asiento, dando la espalda a Fat.

—Aminora, Fat. Tú, Derek…, vigila el costado tuyo. A media altura. Es fácil. A media altura.

Atrás, el coche en que venían los seis pistoleros de Joe Tampa aceleró. Iban provistos de fusiles ametralladores.

—A los neumáticos, Johnny —dijo uno de ellos.

El aludido tomó puntería. Tableteó su fusil, y las balas, rebotando primero en el suelo, fueron después en segunda ráfaga a hincarse en los neumáticos traseros.

Fat demostró ser buen conductor, aunque esperaba lo que iba a suceder. Imprimió bruscos giros al volante, y el coche, en zig-zag, fué derrapando a un costado y otro de la carretera.

—¡Abajo! Quédate dentro, Nina.

Saltó Garfield, cuando ya el coche se había inmovilizado a la derecha. Con Fat y Bernstein corrió al otro lado.

Como una centella pasó el coche ocupado por los pistoleros de Tampa. Una nutrida descarga barrió el césped, troncos y arbustos por entre los que se agazapaban los tres.

Nina Valenti, en el coche, se había desmayado.

Oyéronse los chirridos del viraje cerrado del coche, que emprendía el camino en sentido inverso.

—Cuidado. Paró un poco, y habrán saltado algunos, para cogernos por retaguardia —anunció Bernstein.

Tranquilo, casi alegre, veíase que disfrutaba con el peligro. Fat

estaba tendido en el suelo. Sudaba.

Derek Garfield corrió hacia la izquierda, por donde posiblemente iban a acercarse los que habían bajado del coche perseguidor.

Y de pronto, en la carretera, surgió el coche conducido por uno de los tres mestizos de Florida.

Pareció ir a embestir al que venía en sentido contrario. Durante unos minutos sólo se oyeron los petardeos de la pólvora.

Cogidos entre un fuego de frente y otro lateral, los pistoleros de Joe Tampa pretendieron salir del coche. Eran cuatro… y quedaron acribillados.

Abe Bernstein, en pie ya, corría hacia donde Derek Garfield disparaba. Dió una carrera hacia un costado.

Derek Garfield había apuntado hacia uno de los dos que cautelosamente se acercaban.

No llegó a disparar. Los dos cayeron en grotesca contorsión al ser alcanzados por la ráfaga lateral disparada por Abe Bernstein.

Se disiparon el fragor y el humo. Un silencio repentino, completo, invadió la carretera, donde el coche de los pistoleros de Tampa aparecía derribado, de costado.

—¡Eh, Fat! —llamó Bernstein—. Que te ayuden los semínolas a cambiar los neumáticos. Tengo prisa.

—Buena faena. Seis menos —dijo Garfield.

—Joe Tampa sabe que yo le puedo.

—Pero hay algo en que te puede Joe Tampa.

—¿Y qué es ello?

—El truco que está preparando, y para el que hasta necesitan aviador nocturno.

—Tú lo averiguarás. A propósito, ¿sabes Morse?

—El alfabeto de telégrafos siempre me encantó.

—Pues… ¿Qué pasa, Fat?

—Un semínola —dijo el gordo—. Se lo han cargado.

—Gajes del oficio. No conviene que la policía vea un cadáver de semínola junto a los de Tampa. Que se lo lleven al lago, con piedras al cuello y en los tobillos. Lo siento, pero quien con fuego juega, se abrasa.

Estaban ya en la carretera. Uno de los mestizos, alto, de rostro tímido, casi bondadoso, lloraba.

—Bueno, Rick —dijo Bernstein, acercándosele—. Murió como

un jabato. Cargándose a seis.

El mestizo de Florida asintió con la cabeza. El otro estaba ayudando a Fat a cambiar los neumáticos posteriores.

En el talud, sentada, Nina Valenti, recuperada de su desmayo, apoyaba la cabeza en sus brazos cruzados sobre las rodillas.

Se aproximó Bernstein, acariciándole los cabellos…

—No pasó nada, Nina. Volverás ahora al club, y a medianoche Fat vendrá a buscarte. Iremos al Norte. Entra en el coche, que aquí puedes coger frío.

Tenía don de mando, pensó Garfield. La voz era cariñosa y a la vez inexorable. Daba la impresión de que igual mataba que acariciaba.

—Ven, Derek.

—Me llamo Fred Alton. No lo olvides, por si acaso, Abe.

En el asiento delantero del coche, bajo la luz, Abe Bernstein tendió a Garfield una libreta y una estilográfica.

—Escribe el Morse. Quiero ver si lo dominas.

Derek Garfield fue anotando rápidamente:

A • —
B — • • •
C — • — •
D — • •
E •
F • • — •
G — — •
H • • • •
I • •
J • — — —
K —• —
L • — ••
M — —
N — •
Ñ — — • — —
O — — —
P • — —•
Q — — • —
R • — •

S • • •
T —
U • •—
V • • • —
W • — —
X — • • —
Y —• — —
Z — — • •

—Bien. Lo dominas. Hay un método que consiste en adaptar números. Es decir, la raya por el número uno y el punto por el número dos. El mensaje lo mandas en forma de una suma, pero tiene el peligro que la repetición de uno y dos causa sospecha.

En la carretera, Fat arrastraba, ayudado por un semínola, los dos cadáveres de los pistoleros, para meterlos dentro del coche de ellos.

Asomó Bernstein la cabeza.

—¡Eh, Fat!

Acudió el gordo, corriendo.

—Rocía con gasolina el coche y prende fuego, cuando te avise. Bien, Alfred Alton, hay otro empleo mejor del Morse. Me lo he inventado, y tardarían en descifrarlo. Es sencillo. Dando valores convencionales a las rayas y puntos, según su número. Toma nota.

Dictó Bernstein:

—Un punto equivale a A. Dos, a E. Tres, a T. Cuatro, a O. Cinco, a U. Una raya, a B. Dos, a C. Tres, a D. Cuatro, a F. Cinco, a G. A ver si lo has entendido.

—Creo que sí. Por ejemplo, la C en Morse es raya, punto, raya, punto. Como una raya, según tu criptograma, vale por B, y un punto por A, si yo escribo BABA, es la letra C la que tú leerás.

—Bien. Escribe, pues, según este código nuestro, la siguiente frase:

«TRAICIÓN, MUERTE SEGURA».

—Eres un humorista —comentó Garfield, empezando a escribir:

«B ABA AB E BABA E D BA C EB A ABA B A I A CA EB ABA AB»

—Bueno. Eres veloz de seso, Fred Alton.

Unos puños diminutos empezaron a golpear los hombros de Abe Bernstein, tras él, Nina Valenti, histéricamente, chillaba:

—¡Asesinos los dos! Siete muertos, fuego, gasolina, sangre, y estáis jugando a letras… ¡Asesinos!

Cogió Bernstein las dos muñecas femeninas, gibándose:

—Calma, Nina… Tienes los nervios, como es natural, algo desjuiciados. Pero no somos asesinos. Ellos eran pistoleros que querían despacharme. En la guerra, el que se defiende no asesina. Y la guerra de los bajos fondos es tan humana y menos idiota que la entre naciones. Siéntate, llora y reza por los que han fenecido. Nina. Eran muchachos como yo. Amantes de la vida peligrosa. Tampoco yo moriré en la cama, ni tampoco Fred Alton o Derek verá sus nietos. Calma, Nina… Nos casaremos y viviremos estupendamente en otras tierras.

Sentóse ella, aplacada, sollozando… Continuó Bernstein:

—Cuando sepas algo, escribe, cuidando de separar las mayúsculas que componen cada letra.

—Ya… Y ¿cómo te lo mando? Si no puedo salir…

—De niño cazarías gorriones con un tirador, ¿no?

—Seguramente.

—Un tirador es fácil de hacer y de descomponer. Escribes lo que vayas averiguando. Y fíjate bien. La factoría de Dudley en Evanston es una conservera de pescado, al borde del lago. La conozco. Últimamente, todo lo que hacía Dudley me interesaba. Creo que Tampa está en Evanston. Ya lo verás.

—¿Qué hago con el tirachinas?

—Metes lo escrito envuelto en una piedra, atado, para que el papel no vuele. Y te limitas a tirar la piedra flojamente al lugar donde en tu primer día de estancia allí veas rebrillar tres veces un espejo entre once y doce de la mañana.

—Una pega.

—Venga.

—¿Si no hay sol?

—Piensas en todo.

—Para eso me pagaban en el

F. B. I.

—Concretemos. Al este de la factoría de Dudley, en la parte

opuesta al lago. Exactamente en ángulo recto al Este. ¡Eh, Fat! ¡Enciende! Vámonos ya. Deja de llorar, Nina.

Fat prendió fuego al coche conteniendo los seis pistoleros acribillados. Arrojó desde lejos una torcida de trapo empapada en gasolina encendida.

Un brusco llamear brotó del coche rociado de nafta. Nina Valenti escondió el rostro entre las maños…

El coche con los dos semínolas, llevándose el otro cadáver, se alejó a la señal de Bernstein.

—Eran hermanos —comentó Bernstein—. Siéntate atrás, Fat.

Condujo lentamente, al principio.

—Esta carretera es magnífica. La emplean demasiado a partir de la madrugada los camiones, pero a esta hora no es transitada. Hay que estar en todo.

—No te falla nada, Abe.

—Hasta hoy, no. Veremos contigo. Todavía estoy receloso.

—Yo no quiero tener a la Maffia tras de mí. Tenéis demasiados tentáculos.

—Sí, muchos. Repartidos por todo el mundo. Conmigo vas bien; contra mí, el infierno.

—Busco el paraíso.

—¿Qué es para ti el paraíso?

—Una chica como Mary Ferguson y unos millones de dólares. Una casa junto al mar, otra en la montaña. Un coche, un yate, y el mundo es mío. Iré a las Antillas, y pasaré inviernos en la Costa Azul, en Hawaii y por todas las buenas playas.

—No está mal. Pero olvidas algo, amigo.

—El

F. B. I.

—No descansarán hasta cogerte. No perdonan a los traidores.

—Existen cirujanos faciales, Abe.

—Es verdad. Piensas en todo. Pero… no te cambies la cara antes de repartir conmigo. Daría contigo igual.

—Contigo jugaré limpio.

—Así lo espero.

El coche aceleraba ya, entrando en la principal.

—A la medianoche pasará a buscarte Fat, Nina. Domina los nervios y aquí no ha pasado nada.

—Joe Tampa y Dudley pueden averiguar que sus enviados han muerto, Abe —dijo ella, agrandados los ojos por los recientes sucesos, que habían marcado ya su vida con estela de pavor.

—Tardarán en identificar los restos. Pero Joe Tampa sabrá que he sido yo. Tú, Derek, telefonea a Fat cuando te pongas en camino hacia los dominios de Dudley. ¿Qué demonios será el negociazo que emprenden?

—Pronto lo sabré.

—Si Dudley te reconoce… No, estás cambiado así. Tu disfraz de vagabundo era soberbio. Lo que cambia un hombre cuando se afeita, se asea y muda de traje. Todo es apariencia en esta perra vida. Falsedad, y por esto un buen amigo leal es muy de apreciar.

—Me apreciarás, Abe.

—Eso quiero. Baja y vete con Nina en un taxi hasta el club. Buena suerte, Fred Alton.

Alejóse el coche, y ella, cogida del brazo de Garfield, susurró:

—Parece imposible que, apenas hace unos momentos, hubiera…

—Olvídelo, Nina. Abe Bernstein es de confianza. La quiere. Me he dado cuenta. La lástima es que el aviador se haya enamorado de usted. Cosas que pasan. Ahora, cuando vuelva a la mesa, si la ven nerviosa, lo achacarán a la modista. Siempre ponen nerviosas las modistas.

—Usted no tiene sangre. Es como Abe… Una máquina de matar.

—¡Taxi! —llamó Garfield.

Poco después se detenían ante la entrada posterior del club de noche.

En la mesa, Melvyn Ferguson rió.

—Larga ha sido la charla con el amigo, Fred.

—Instructiva. ¿Bailamos, Mary?

Enlazando el talle de la muchacha, Derek Garfield meditó que él era como Bernstein. De los que se enamoran una vez por todas. Y sentía un naciente afecto, un deseo de proteger y hacer feliz a Mary Ferguson. La miró, y ella, sonrojándose, dijo:

—Hay mucho misterio en usted, Derek.

—Ya te explicaré algún día. El misterio es sencillo, cuando se descubre. Lo que sí está claro es que me inspiras deseos de besar tu frente y decirte quedamente al oído: «Rechaza los malos pensamientos, y piensa con agrado en un porvenir riente».

—No tienes más que unos labios —rió ella, nerviosamente—. Y no puedes a la vez besarme en la frente y hablarme al oído.

—Rodemos probar, si quieres. Aquella terraza…

—Tal vez me gustará, cuando sepa quién eres.

—Soy Derek Alfred Garfield Alton, que abreviado es D.
A. Garfield
Alton. Empiezo a quererte, porque no eres una chica vulgar. Eres soñadora, recta y sencilla. La mujer que me hace falta.

—¿A cuántas no habrás dicho lo mismo?

—Magnífico. Así empieza el cariño. La mujer dice lo que acabas de decir, y el hombre, protesta.

—Protesta, pues.

Melvyn Ferguson contempló complacido a Nina Valenti.

—Has tardado, Nina.

—La modista… Creo que cogí un poco de frío.

—Tiemblas.

—Iré a casa. Mañana nos veremos, Melvyn. Ahora, me voy.

La fiesta dejó de agradar a Melvyn Ferguson, que, aburrido, a solas, observó a su hermana bailando incesantemente con Derek Garfield.

Y meditó que la psicología femenina era un estudio complejo y superior a sus entendederas. La expresión de Mary Ferguson era de embeleso. Y horas antes miraba con enojo al mismo que ahora la estaba estrechando prietamente contra sí en el abrazo que se consiente cuando suena la música y hay gente en rededor.

Al regreso, Melvyn Ferguson, al despedirse Garfield, quedando en verse a la mañana siguiente, comentó:

—Parece que hay idilio en perspectiva, Mary.

—Es un hombre maravilloso, Melvyn… No es un estúpido niño moderno. Es leal, noble y sencillo.

—Ya te lo dije. Tendrás felices sueños esta noche. Bueno, por mí, no me disgusta tener por cuñado a Fred Alton.

—Me gusta más Derek.

—Los dos son el mismo.

A la mañana siguiente, el teléfono llamó, a Melvyn Ferguson. Era Henry Dudley.

—¿Puede trasladarse hoy mismo, Ferguson?

—Sí, señor.

—Venga. ¿Ha elegido ya su ayudante?

—Sí, señor. Es Fred Alton, un buen técnico.

—Esta tarde, a las seis, le espero.

—Estaré sin falta a sus órdenes, señor Dudley.

Henry Dudley colgó. Miró al individúo sentado ante él. Un sujeto de anchas espaldas, bajo de estatura.

—Puede comunicar a Tampa que esta tarde, a las seis, vendrán el piloto Ferguson y su ayudante. Con lo cual completada queda la gente necesaria. Y dígame, Fulton… ¿Está enojado Joe Tampa?

—Con usted, no. No es culpa suya, Dudley, que hayan muerto Guntry, Elmer y los seis que envió a liquidar a Bernstein.

—Mientras viva Bernstein, no estaremos tranquilos.

Ornar Fulton, brazo derecho de Joe Tampa, se levantó.

—Ya caerá. Vamos, Dudley.

—¿Le envió Tampa a buscarme?

—A protegerle. Si ayer tarde cayó Guntry, y por la noche los otros, usted no está seguro. Vamos a Evanston. Creo que Tampa ha decidido empezar el gran golpe antes de lo que pensaba.

CAPÍTULO V

Mary Ferguson ayudaba a colocar en el portaequipajes los maletines de su hermano. Derek Garfield no llevaba más que un portamantas.

Vestía canadiense, camisa a cuadros, botas cortas y pantalón de dril azul. Había comentado, al llegar:

—La imagen del perfecto ayudante de piloto.

Terminados los preparativos, dijo ella:

—Supongo que podré visitarte los domingos, Melvyn…

—Claro. Y supongo también que podremos resistir siete días sin vernos. Lo que ya no sé es si podréis los dos resistir.

—La lejanía solidifica los sentimientos —dijo seriamente, Derek Garfield—. Los poetas dirían que la ausencia es el crisol de los amores que nacen súbitamente. A propósito, Mary… He robado algo en la casa. Tu retrato.

—Tórtolos, respetad mis canas —sonrió Melvyn Ferguson.

La tarde primaveral era espléndida. Ambos hermanos se despidieron sin sospechar las trágicas circunstancias en que volverían a encontrarse.

Derek Garfield retuvo la diestra de ella entre sus manos.

—Hasta pronto, muñeca.

—Hasta pronto, Derek.

El coche conducido por Ferguson arrancó. Hasta Evanston había ochenta millas. Llegarían a la hora señalada.

Eran las seis menos cinco minutos cuando el coche se detuvo ante el cruce de carreteras, al margen del gran lago.

Divisábase la factoría conservera de Henry Dudley. Estaba en las afueras de la ciudad. Distaba apenas su primer edificio una decena de metros del lago.

Tenía una forma radial. El centro era un amplio edificio achatado, redondo, del que partían cuatro aspas: los almacenes y

alojamientos de obreros.

El conjunto estaba cercado por alambradas, marcando la propiedad, si bien en rededor no había otras edificaciones cercanas.

El coche descendió hacia una de las puertas de la alambrada. Había en una garita un portero, que maniobró desde ella el mecanismo que abría el portalón, señalando a la vez con el brazo rectamente hacia un pequeño hangar.

—Muchas precauciones para una fábrica conservera —comentó Garfield.

—Al parecer, existen fórmulas secretas de envaramiento en estas factorías, y se protegen contra posibles robos. Esto me explicó Dudley, aunque a mí me tiene sin cuidado el negoció de enlatar peces.

Dejado el coche en el garaje, ambos se encaminaron de nuevo hacia la salida. En la puerta estaba un individuo bajo, de anchas espaldas, de rostro redondo.

—Soy Omar Fulton, socio del señor Dudley. Les enseñaré su alojamiento. Hagan el favor de seguirme.

—Tengo impaciencia por ver el aparato, señor Fulton —dijo Ferguson.

—Lo verá.

Fulton se encaminaba hacia el ala de poniente. Eran los alojamientos de los obreros. Entró por una de las numerosas puertas, subiendo unas escaleras, hasta llegar a un rellano, que daba acceso a un corredor con cuatro habitaciones.

—La tercera. Hay dos camas. Las otras habitaciones son de otros tantos pilotos con sus ayudantes.

—¡Sopla! —murmuró Ferguson—. ¿Tiene cuatro aviones el señor Dudley?

Ornar Fulton se limitó a abrir la puerta tercera. Era una habitación alegre, amueblada con algo de estilo estudiantil, con banderines deportivos, acuarelas de caballos, marinas y muebles confortables.

Un tresillo, una radiogramola, un pequeño bar y dos camas.

—Cuando el señor Dudley desee hablarles, vendré a buscarles.

—¿No podría ver el aparato?

—El señor Dudley le llevará a verlo.

Se marchó Fulton, y Ferguson distribuyó su equipaje.

—¿Qué cama quieres, Fred?

—La del Este. ¿Qué te parece el socio de Dudley?

—Un tipo poco simpático. Pero la habitación me gusta. Me recuerda cuando estaba en la universidad.

—Sí. Y Fulton recuerda un profesor amargado, que practica mucha gimnasia para desfogarse.

Rieron ambos, porque sobre la mesita de noche, en el portarretratos vacío, había ahora las fotos de Nina Valenti y Mary Ferguson.

—Habrá a lo menos dos centenares de obreros y capataces alojados aquí.

—Y tres pilotos más. Tal vez los conozca.

Bebieron, pusieron discos, y a las siete sonó el teléfono.

Era Henry Dudley.

—Bienvenido, Ferguson. Va a recogerle con su ayudante mi socio Fulton.

Omar Fulton les precedió, abandonando el edificio hasta llegar al centro, por una de cuyas puertas entraron en un vasto salón. Dirigióse a un lado, abriendo una puerta.

Henry Dudley estaba en pie, tras la mesa-despacho, y sentado había un desconocido.

Era esbelto, de cabello canoso, ojos negros, labios delgados, y un conjunto de rostro que daba la impresión de estar viendo la representación del anuncio del hombre de negocios triunfante de las revistas.

La puerta se cerró, y contra ella se adosó Ornar Fulton.

Avanzó Ferguson, estrechando la mano de Dudley. Presentó:

—Mi ayudante Alfred Alton.

Henry Dudley miró a Derek Garfield. Murmuró:

—Tengo la impresión de conocerle, Alton.

—Es posible, señor Dudley.

Él desconocido tosió suavemente.

Henry Dudley, como sí recibiera una descarga eléctrica, dijo apresuradamente:

—Les presento a mi jefe, el señor Joseph Tampa.

Joe Tampa no se levantó. No estrechó la mano que tendía Ferguson. Señaló los dos asientos frente a la mesa.

—Joe Tampa… —musitó, atónito, Ferguson, sentándose

maquinalmente.

—Es posible que hayan oído hablar de mí. Si así es, lo prefiero, porque nos entenderemos antes —dijo el *gangster*.

Hablaba con entonación metálica. Ante él, sobre la mesa, había varios planos. Uno de ellos lo había ya identificado Garfield como el de Chicago.

Henry Dudley, obsequioso, encendió el cigarrillo que hasta entonces había estado rodando entre los dedos de Joe Tampa.

—En el contrato, Dudley le ha ofrecido una paga triple que la que percibía usted.

—Acepté por creer que se trataba de algo limpio… Yo no trabajo para usted, Tampa. Sus asuntos suelen estar reñidos con la ley. A mí, el señor Dudley no me dijo nada de trabajar para Joe Tampa.

Los negros ojos aterciopelados de Toe Tampa tuvieron un destello, de divertido regocijo íntimo.

—Suponía esta reacción, Ferguson. Pero necesitaba un piloto especializado en vuelo nocturno, y sólo pude reunir tres. Necesitaba cuatro. Y usted es el cuarto.

—Renuncio.

—Ya es tarde.

Melvyn Ferguson empezaba a enfurecerse. Sonrojado de contenida exasperación, masculló:

—A la fuerza no conseguirán nada conmigo.

—Le demostraré que sí, pero prefiero no demostrárselo. Tal vez acallaré sus escrúpulos diciéndole que en el asunto que llevo planeado hace tiempo no interviene la violencia directa. Es decir, no hay muerte, sino simplemente algo que podríamos llamar pánico en las calles de Chicago.

Henry Dudley intervino:

—Le aconsejo, Ferguson, que primero escuche, y no enoje al señor Tampa. Imite a su ayudante Alton, que escucha callado.

—Eso es una trampa, y repito qué a la fuerza yo no…

—Desde que entró por la empalizada, Ferguson, se ha convertido en un engranaje más de la máquina que he preparado. Me dolería suprimirle, porque si bien puedo actuar con tres pilotos, prefiero cuatro. Escuche: si queda bien entendido que no habrá muertes, y en cambio puedo garantizarle al término de mi plan una buena recompensa, usted volará con la conciencia tranquila.

Melvyn Ferguson crispó los puños, al replicar:

—Usted, Tampa, es considerado un *gangster* peligroso, y la policía le busca.

—Incidentes deplorables. La policía me busca y no me encuentra, ni me encontrará. Haga el favor de escuchar, Ferguson. Supóngase que va a oír una conferencia sobre la delincuencia bien organizada. No me interrumpa, Ferguson. Está usted escandalizado, y no se lo reprocho. Pero quiero inculcarle la idea de que no soy un *gangster* sangriento. Me han achacado algunas muertes, pero fueron accidentales. Yo me considero un hombre de negocios. Usted, escúcheme, como un posible colaborador.

—Antes quisiera saber qué me reserva usted si me niego a colaborar en sus plañes.

—No le mataré. Me bastará, con tenerlo encerrado hasta que termine el negocio. Pero hay un inconveniente. Cuando cese el pánico en las calles, si alguien sospecha, vendrá aquí. Le encontrarán, y al leer su contrato con Dudley, le será difícil demostrar su inocencia. Pero Dudley estará muy lejos ya. Además, hay un punto no decidido aún. Es posible que toda esta factoría salte por los aires. Un accidente en el que aparentemente habrá perecido Dudley, que muy lejos emprenderá una nueva vida. Estudie el caso de Henry Dudley. Es un financiero rico y bien considerado. Pueden sospechar de él, pero nada se le ha demostrado. Y si colabora ahora abiertamente conmigo, es porque está convencido de que mi plan es excepcionalmente bueno.

Melvyn Ferguson dominó su furor, para ceder a un impulso de curiosidad.

—Tal vez su plan sea tan genial que justifique Cuánto dice. Pero será ilegal.

—Lo es. Se basa en un principio en el que vengo meditando hace años. La existencia del hombre que se pone al margen de la ley es absurda. Tarde o temprano tienen razón los jueces. El crimen no paga. Hay talentos entre los *gangsters*, pero siempre acaban por sucumbir. Y el motivo es sencillo. Yo soy jugador, y cuando empecé ganaba, porque me imponía una disciplina. Al sentarme en la mesa de juego me sujetaba a un límite de pérdida y de ganancia. Diez dólares. Entonces yo era un muchacho modesto. Han pasado veinte años. Durante tres viví modestamente, porque si tenía la racha mala

me levantaba al perder los diez. Si tenía la racha buena, me levantaba al ganar los diez. Al fin del mes, en mi libreta apuntaba la liquidación, y había sacado para mis gastos. Pero era porque no era realmente un jugador, que se dejaba impresionar por la racha buena.

—Muy interesante, pero esto no me explica por qué estoy aquí.

—Los generales, cuando planean una batalla, cuentan con el asentimiento de sus oficiales, porque éstos saben que es un general que ha pensado en todo. Yo soy este general, Ferguson.

—Al menos es usted muy distinto a como me lo imaginaba.

—Ya… No mastico puros, ni llevo la pistola en el tirante del sobaco, ni Fulton, mi lugarteniente, no escupe ni pega. Le dije que no soy jugador por temperamento, cosa que son la mayor parte de mis colegas. Cuando ganan siete quieren ganar catorce, y siempre doblar. Llega la racha mala, y van a la silla eléctrica. Yo fui planeando algo que de una vez y para siempre colmara mis ambiciones. Me fijé una ganancia. Cincuenta millones en oro, en lingotes. Nada de billetes ni joyas. Oro puro en lingotes, sin contraseña. Se cambian por moneda en cualquier Estado.

—¡Cincuenta millones!

—Exacto.

—¿Y cómo…?

—Figúrese que yo sea un *gangster* vulgar. Planeo un ataque contra el Banco Nacional de Chicago. Escojo cien barbianes decididos, ¿y qué? Soy un imbécil, porque la nitroglicerina puede abrir las puertas de los sótanos, donde, están las reservas oro, que suman unos doscientos millones en lingotes. Pero hay algo que no puede controlarse. Y es la retirada. La retirada. En un momento las calles de Chicago estarían llenas de coches patrulla, movilizada toda la policía. He hallado el medio de crear una confusión tan enorme, que cualquier movimiento rápido pase desapercibido, porque cuando yo ponga en movimiento mi máquina todo será confusión y movimientos rápidos por las calles de Chicago.

Cruzó Tampa sus dedos, apoyados los codos en los brazos del sillón. Henry Dudley escuchaba con respetuosa atención. Derek Garfield, con avidez.

—¿Ha oído usted hablar de Orson Welles? —dijo Joe Tampa, inesperadamente.

—¿El actor y también escritor?

—Sí. Un hombre muy cerebral, que se ganó la fama con un truco de gran resultado. Escribió un guión radiofónico, en el que se fingía una invasión en Nueva York por los marcianos. Bastó un locutor expresivo para que, al empezar la famosa lectura, con la voz de: «¡Atención, atención, ciudadanos de Nueva York! ¡Los marcianos están invadiendo…!», se formara un pánico enorme. Y no había marcianos a la vista, sino simplemente un locutor de la estación central, hablando minutos antes de las noticias, escuchadas por todos, a las nueve de la noche. Durante una hora las calles de Nueva York eran un hormiguero de gente corriendo en todas direcciones, asustadas… En fin, ¿lo recuerdan?

—Sí.

—Bien. Yo he comprado un buen locutor. A la hora X, unos hombres ya enterados de lo que deben hacer se asegurarán del personal de la estación central, y mi locutor sobornado lanzará al éter, para todos los radioescuchas de Chicago, y precisamente en el momento en que todos están pendientes de las últimas noticias, la sensacional, la temible, la que la prensa ha ido venteando.

Hizo una pausa Tampa. Después miró a Ferguson, fijamente.

—Usted es aviador, ¿cuáles son las dos amenazas del momento?

—La hidrógeno y la atómica.

—Englóbelas en una sola amenaza. Hay otra, menos aclarada. Los platillos volantes.

—¡Los platillos volantes!

—Sí. Han corrido miles de teorías. Globos de sonda en las alturas, aparatos de otros planetas, aviones de estudio de otras potencias, pero todavía nadie ha dado una definición clara. Los Estados tienen investigadores especiales, que hasta ahora lo máximo a que han llegado es a la suposición de que se trata de desconocidos artefactos, que surcan el cielo en movimiento rotatorio, semejando grandes bandejas que despiden luz. Han sido vistos en lugares distintos de la tierra, pero fugazmente.

—Pueden ser globos-sonda secretos, para establecer las corrientes estratosféricas.

—Puede que sí. Pero ahora, escúcheme. Usted está en su casa, cenando. La radio vierte música. Y, de pronto, el locutor habitual, con voz temblona, excitada, clama: «¡Atención, ciudadanos de

Chicago! Sin alarmas, obedeciendo las consignas de defensa civil, ¡sin alarmas!, diríjanse a los refugios… Platillos volantes se ciernen sobre la ciudad en distintos puntos…». Yo le afirmo, Ferguson, que usted, si siente la tentación de recordar a Orson Welles, porque es usted un hombre de temple sereno, se asomará a la ventana, y al ver en el cielo unos discos veloces y luminosos echará a correr como loco.

—Es posible —dijo, interesado, Ferguson—. Pero usted no pretenderá hacerme creer que tiene platillos volantes a su disposición.

—Los tengo.

Rió nerviosamente Melvyn Ferguson. Derek Garfield se limitó a mirar a Joe Tampa, que proseguía:

—Le explico todo esto, porque tanto usted como su ayudante, no han de salir de aquí, ni podrán comunicar con el exterior. Usted es piloto nocturno, y maniobrará el cuarto platillo volante.

—Es… una locura esto que oigo, Tampa. ¿Qué platillo…?

—Hubo un hombre que cometió un error. Si, lo cometió al descubrir esta tierra, porque América estaría mejor transitada por pieles rojas. Pero Colón era un tipo sencillo, que puso un huevo en pie aplastándolo por la base. Usted dirá que es sencillo cuando le explique en qué consisten mis platillos volantes. Pero había que pensar en ello y tener talento. Crear primero el ambiente; me lo dieron hecho. Cualquier señora chillará histéricamente, corriendo como una cabra, si oyendo la radio ve en el cielo de Chicago unos discos luminosos y veloces. Faltaban ahora los discos volantes. Piense, aviador.

—No puedo.

—Un español inventó un aparato curioso… Un aparato que no necesita mucho espacio para aterrizar…

—¡El autogiro!

—El helicóptero moderno.

—Es identificable por cualquier profano.

—Los cuatro helicópteros que están, en el hangar a pocos pasos no son identificables. Han sido sometidos a un tratamiento también muy sencillo. Tienen una base circular formada por un aro, que en el momento requerido, a la hora exacta, la hora X, despedirá luminosidad, cuando el piloto pulse una simple palanca. Una luz

vibrante, de cohetes. Una luz que durará media hora. No hace falta más. Desafío al más experto técnico para que identifique estos cuatro helicópteros cuando echen los cohetes en circular fogata. Cuatro helicópteros que volarán por los cuatro puntos cardinales de Chicago en ruta ya determinada.

—En el terreno de la teoría, admito su genial idea, Tampa. Pero hay un fallo.

—Ilústreme.

—La
D. C. A.

—La defensa contra aviones, de Chicago, está limitada al «Lincoln». Es una sola, porque la defensa se apoya en la frontera canadiense. La
D. C. A.,
del «Lincoln» está surtida por seis plataformas y cien artilleros, de los que sólo quince hacen guardia. Eliminada. Los cien artilleros, durmientes y despiertos, quedan eliminados. No por procedimientos sanguinarios, no. Bastarán las mangas de gas narcótico, que manejarán los del grupo ocho.

—¿El grupo ocho?

—En esta factoría, los hombres que enlatan el pescado son gente bien reclutada. La he dividido en ocho grupos, cada uno con una misión bien definida. El grupo ocho, al iniciarse el pánico, entrará en el «Lincoln» y con sus mangas narcóticas adormecerán a los atribulados artilleros. Después dispararán, para aumentar la confusión. Pero Omar Fulton los dirige, y los disparos no irán contra los platillos volantes, sino a ras del lago.

Aturdido, Melvyn Ferguson murmuró:

—¿El grupo ocho?

—Cada grupo tiene una misión bien definida. El grupo primero es inactivo. Recogerá en camiones y lanchas a los demás, una vez terminada la hora X de alarma en Chicago. La retirada será fácil, y atravesaremos la frontera, cada cual libre ya de vivir donde quiera con el fruto de su colaboración. Un millón a cada componente de los grupos. Dos millones para el piloto y su ayudante.

—¡Dios! —murmuró, aturdido, Ferguson—. Déjeme pensar, Tampa… Explicado así todo parece sencillo y natural.

—Lo es. Una operación estratégicamente planeada, donde cada

detalle está bien engranado.

—El
F. B. I.,
y toda la policía, así como los agentes de las calles, no perderán la serenidad.

—No. Y atenderán a su obligación. Lo dijo claramente el secretario de Estado, que en caso de un peligro súbito cada ciudadano debería obedecer al
F. B. I.,
y a los agentes de la autoridad, yendo a los refugios determinados para cada distrito. La gente correrá, y nadie pensará en otra cosa que meterse en los refugios, y las autoridades, muy penetradas de su labor de pastores, no pensarán en otra cosa que proteger a los asustados moradores de la ciudad.

—¿Los millones en lingotes de oro?

—El Banco Nacional, donde tres grupos con sus trabajos definidos y con mangas narcóticas operarán. La nitroglicerina hará saltar los cofrefuertes, pero el cielo estará surcado por los cohetes, explosiones de la
D. C. A.,
sirenas de alarma… Bastará una media hora, y mis platillos volantes habrán producido doscientos millones.

—¿Y los pilotos?

—A la hora convenida se retirarán, cesando los cohetes, y aterrizando en lugar fijado, que les será indicado a su tiempo.

Melvyn Ferguson, dijo:

—Es un saqueo bien organizado, Tampa.

—Con todo detalle. Una prueba. Podría ser que usted volase con intención de comunicar al
F. B. I.,
y al Departamento de Defensa lo que sucederá. Pero no podría. A bordo del helicóptero no hay emisora, y no podrá aterrizar hasta terminada la hora X.

—El grupo sexto —intervino Dudley— es el que, distribuido en los cuatro helicópteros, se asegurará del cumplimiento de los pilotos. No pueden tomar los mandos para seguir una ruta, pero sí para manejarlo en el caso de que tuvieran que dar muerte al piloto y su ayudante. Después…, cuando todos estemos reunidos en el

lugar convenido, usted percibirá los dos millones, a repartir con su ayudante. Cuando la calma vuelva a Chicago, estaremos muy lejos.

Reinó un largo silencio, que por fin rompió Ferguson:

—Cuantos intervengan en esta acción tendrán al
F. B. I.,
tras sus huellas.

—¿Qué huellas? Ninguno de nosotros hablará, por su propia conveniencia, y en cuanto a los helicópteros, serán destruidos. El asalto a la
D. C. A.,
a la radio y al Banco será achacado a algún *gangster* que se aprovechó de la confusión. Sobre todo el del Banco. El
F. B. I.,
sabe qué un bribón inteligente llamado Bernstein está reclutando pistoleros por los bajos fondos. Tal vez Bernstein se vea complicado. Nosotros, no. Es un golpe limpio, sin sangre, sin muertos. Mucho ruido, mucho pánico y, al final, doscientos millones para repartir. Puede reflexionar cuanto quiera, Ferguson. Solamente que, cuando tenga que tomar los mandos del helicóptero, hágalo sin rechistar. Fulton, acompaña a los señores a su habitación. Buenas noches.

Levantóse Ferguson, tambaleándose. Luchaba con incredulidad, asombro, íntima protesta… Miró a Joe Tampa, que estaba consultando los planos extendidos sobre la mesa.

Henry Dudley advirtió:

—Mejor será que reflexione, Ferguson. La noche trae buen consejo.

Salieron ambos, precedidos por Omar Fulton, que les dejó en el rellano. Iba a entrar Ferguson, cuando, cogiéndole por el codo, le susurró Garfield:

—Dentro del cuarto puede haber micrófonos. No diga lo que sienta. Yo hablaré.

Derek Garfield se sentó en su cama. Habló, guiñándole un ojo a Melvyn Ferguson:

—La cosa es de miedo, patrón. Bien planeada, y a cada uno un millón. Un millón por una hora de trabajo nocturno. Y no hay muertos.

—Un saqueo…

—Bah… A un Banco. Ya repondrá sus reservas oro. Yo acepto

plenamente. No seas quisquilloso, patrón. Tampa sabe lo que se hace. Déjate de necios escrúpulos. Un millón es un millón, y en lingotes. Ahora estás aturdido, pero mañana, después de un buen sueño, como nuevo. Anoche no debimos ir de juerga. Me dejó atontado Tampa. ¡Vaya golpe! Pasará a la Historia. Eso es… Beba buenos tragos, y mañana como nuevos. Este Tampa es un genio. Da gusto oírle. Lo tiene todo masticado. Y hay que tener sentido común. Puede prescindir de nosotros, y a mí no se me escapa este millón.

Tendióse boca arriba Garfield. En el otro lecho se sentó Ferguson, con el frasco de coñac entre las manos.

—Me han quitado hasta el apetito.

—La merienda fué fuerte. Acuéstate, capitán… Mañana…

—¡Cierra el pico!

Y, bebiendo de nuevo, Melvyn Ferguson se dejó caer de espaldas. En el despacho dijo Dudley, tras bajar la palanca del audífono conectado con la habitación de Ferguson y Garfield:

—Los convenció, señor.

—Un millón es convincente. Ahora, acabemos de ponerlo todo a punto, Dudley. No quiero que Bernstein se nos ponga pesado.

Omar Fulton se aproximó, cuando Joe Tampa señaló el plano del lugar donde estaba el edificio «Lincoln», de la
D. C. A.

—En la oficina del piso doce están los planos que quiero, Fulton. Tú irás a por ellos, mientras los otros narcoticen y disparen. Ya sabes lo que ha dicho Jacoby. Los planos que interesan están en la oficina del piso doce… y valen cien millones. ¿Están conectados los haces de infra?

—Sí, señor. Nadie podrá acercarse a las alambrada, sin que los haces, al cruzarse, revelen su presencia.

Inclinados sobre los planos, los tres artífices del plan de los Platillos Volantes perfilaron los últimos detalles.

CAPÍTULO VI

La mente de Derek Garfield trabajaba activamente, mientras en su cama Melvyn Ferguson dormía ya.

Joe Tampa, tras planear algo tan eficiente, no iba a contentarse con asaltar el Banco Nacional, aunque los doscientos millones de las reservas en lingotes fueran botín codiciado.

Existía algo más. Omar Fulton dirigía el grupo que asaltaría el «Lincoln». ¿Por qué no capitanear los grupos que allanarían los sótanos del Banco Nacional, donde se guardaban doscientos millones?

Omar Fulton iba al «Lincoln». Omar Fulton era el hombre de confianza de Tampa. Con esta idea repetida hasta la obsesión se durmió. Despertóse cuando era aún de noche, y, consultando el reloj, vió que indicaba las cuatro de la madrugada.

A su lado, Melvyn Ferguson dormía profundamente.

Por la mañana, entre once y doce, debería comunicar con Bernstein, o su enviado, al Este, y cerca de la factoría.

Fue pensando que su posición era de una complicación jamás prevista. No podía comunicar con el
F. B. I.
Se le ofrecía la ocasión más espléndida de su vida de agente federal.

Coger en una misma redada a toda la banda de Joe Tampa y a la de Abe Bernstein. El pánico que pretendía crear Tampa, por atentar a la seguridad de la nación, le valdría una larga condena.

Abe Bernstein, inculpado de la muerte de los pistoleros en la carretera, iría a la silla eléctrica. Y había algo que se rebelaba en el interior del espíritu de Derek Garfield.

Era entregar a Abe Bernstein, al fin y al cabo un aventurero, un lobo contra lobos.

No podía comunicar con el
F. B. I.

Había, pensado en todos los métodos posibles, y sólo por mediación de Abe Bernstein podría cazar a la banda de Joe Tampa.

Era preciso que el pánico en Chicago cundiera, porque no podía evitarlo. Pretender, escapar de la factoría, era imposible. Joe Tampa no era tan ingenuo como para no tener bien estudiada la posibilidad de una fuga o de un intento de comunicación con el exterior.

Pero la idea del tirador infantil era buena. Las primeras luces del alba entraban por la abierta ventana.

Consiguió Garfield mantener alzado el embozo de las sábanas con libros superpuestos. No quería correr el riesgo de ser visto.

El mensaje debía ser explícito, y laboriosamente fué escribiendo los signos convencionales, empleando las mayúsculas que equivalían a las agrupaciones de puntos y rayas.

Traducido su mensaje a Abe Bernstein, decía, ocupando las dos carillas de una hoja de bloc:

> «Hora H, ignorada, saldrán cuatro helicópteros sembrar pánico en Chicago. Voy en uno. Grupo pistoleros Tampa asaltará Banco Nacional. Otro, dirigido por Omar Fulton, el "Lincoln", que debe ser lo importante. Los helicópteros irán convertidos en supuestos platillos volantes, y locutor, sobornado, alertará ciudad. Prepara los tuyos para recoger botín, sin olvidar Omar Fulton importante. La radio dará señal aparición platillos y principio asaltos. No comunicaré más. Peligroso. Trataré escapar helicóptero después ataque, porque antes imposible debido vigilancia a bordo. He cumplido y cumplirás. Nos veremos madrugada noche ataque fuentes del Illinois. *Derek*».

Ató el papel doblado alrededor de su encendedor. Y de una pastilla de chocolate sacó el papel plateado, con el que cubrió el amasijo.

Había ya amanecido del todo, cuando bajo las sábanas tenía ya terminado el potente tirador, cuyas gomas eran dos ligas, y cuya horquilla de tiro era el soporte, secundario del lavabo de la habitación.

Melvyn Ferguson despierto, habló en voz baja, cuando, los dos en pie, procedían a lavarse:

—¿Qué estuviste haciendo, Derek?

—Un mensaje para el

F. B. I.

No te apures, que todo saldrá bien. No podemos evitar el ataque, pero así cogerán a la banda de Joe Tampa —y, alzando la voz, dijo —: Lo pensaste bien, capitán. Un millón es un millón, y esta ganga no se presenta dos veces en la vida.

Dirigióse poco después al teléfono, y pulsó la horquilla.

Una voz soñolienta, preguntó:

—¿Quién?

—Cuarto 3 de pilotos. Hambre, hambre… Hay que comer para trabajar.

Colgaron, y poco después sonaba el teléfono.

Era Omar Fulton.

—El cocinero os traerá el desayuno. ¿Qué decidió, Ferguson?

—De acuerdo. Sería idiota negarme.

—Mejor que así lo haya pensado.

Un individuo silencioso dejó una bandeja con abundante desayuno. Se marchó sin haber pronunciado una sola palabra.

Comieron con apetito, reanimado Melvyn Ferguson, que entre bocado y bocado dibujó en el mantel, con el dedo, las letras

F. B. I.

—Vaya, Fred. Lo celebró.

—Y yo.

Terminado el desayuno, se acercaron a la ventana.

—El Este, exactamente el Este, ¿cuál es, Melvyn?…

—Aquellos matorrales color rojizo podemos decir que ocupan la posición Este.

—Unos matorrales a trescientos metros. Mucha distancia.

—Supongo saldremos de aquí.

Leyeron algunas revistas, y eran ya las once y media cuando llegó Ornar Fulton.

—El señor Tampa les invita a ver los helicópteros.

Salieron al exterior, hasta llegar al hangar opuesto al edificio central por su lado oriental.

En su interior, amplio y abovedado, no había más que los cuatro aparatos.

—Son del tipo gigante —explicó Joe Tampa, surgiendo de detrás

de uno de ellos—. Tienen ya los soportes para colocar el aro con las cargas de cohetes. ¿Conoce este tipo de helicópteros, Ferguson?

—Sí. Los emplean en los portaviones. Pueden transportar cuatro heridos, dos tripulantes y dos enfermeros. Ocho hombres en total.

—Exacto. Ustedes dos y seis componentes del grupo sexto.

Melvyn Ferguson examinaba el gigantesco aparato, semejante a un prehistórico insecto.

—No ha salido de los talleres nacionales, Tampa.

—Fue construido aquí, pieza a pieza, por los otros tres pilotos y sus ayudantes, con la colaboración de mecánicos a mi servicio. Milímetro a milímetro siguiendo el plano de los de la Armada.

—Perfecto. El color azul obscuro es un hallazgo, porque en la noche se confundirá con el cielo, y desde tierra sólo se verá el aro luminoso.

—Éste es su plano de ruta, Ferguson. La velocidad, los cambios de rumbo, todo está detallado. Por favor, no falle, porque sería lamentable que los seis escoltas tuvieran que liquidarles.

—Ya pasó mi arrebato. Comprenda que la sorpresa del primer momento era fuerte.

—Lo comprendo. Pueden pasear, naturalmente, sin salir de las alambradas. Los demás hangares son curiosos, y pueden documentarse sobre salazón y conserva.

—Esta hoja de ruta, Tampa, me indica el vuelo hasta el sudeste de Chicago, y la permanencia allí treinta minutos, a partir del momento en que uno de los seis escoltas me dé la señal para soltar los cohetes. Y al término de la media hora, ¿qué ruta emprendo?

—Se lo dirá el mismo que le dé la señal de abrir las espitas de cohetes.

—De acuerdo.

—Así me gusta. Veo qué la noche le ha reposado. Y le felicito por su ayudante. Es mudo cuando conviene. Hasta luego. ¿Desea algo más, Ferguson? A lo mejor quiere conocer a los otros tres pilotos.

—No. Prefiero pasar lo más desapercibido posible.

—Alabo su discreción.

Salieron Ferguson y Garfield. Todo daba la impresión de una factoría conservera, con sus camiones, sus lanchas, sus embarcaderos, las mesas de salazón, los envases en la máquina

rodante, las etiquetas…

Pasearon unos instantes. Murmuró Garfield, así que estuvieron a veinte metros de la alambrada éste:

—Voy a tirar el mensaje. Reza con fervor, Melvyn…

Cerró Ferguson los ojos, y el chasquido de las gomas entre la abierta cazadora de Garfield le pareció el estampido de un cañón.

—Tras los matorrales habrá caído, y lo recogerán. Abre los ojos, Melvyn, que ya está… ¡Vaya, vaya, el señor Fulton!

Ornar Fulton estaba aproximándose corriendo.

Miró receloso a ambos.

—¿Qué pasó?

—¿Dónde? —inquirió Garfield.

—Este ruido… Un silbido…

—Diablos, si uno no puede silbar canciones vaqueras, entonces que nos encierren —dijo Garfield—. Vamos a la habitación, capitán. Si sigo silbando, nos fusilan aquí. Comprendo las precauciones, señor Fulton, pero sin exagerar.

Derek Garfield silbó agudamente, para en seguida canturrear entre dientes una conocida canción de Texas. Ornar Fulton, comentó:

—Mejor será que se vayan a la habitación. Todos estaremos más tranquilos.

—En efecto —aprobó Ferguson—. Y a esperar la hora H.

En la habitación rió Ferguson, mientras ponía un disco. Derek Garfield meditaba en el modo de escapar del helicóptero, donde habría seis pistoleros de Tampa dispuestos a acribillarles al menor intento de rebelión a las órdenes recibidas.

Al mediodía, el silencioso portador de alimento y bebidas llegó y se fué sin decir nada.

—Tendrá la lengua cortada, como en las novelas que pasan en China. Y hablando de China, dicen que por Borneo hay islitas preciosas. ¿Oíste, de ellas, Melvyn?

—Yo prefiero Cuba.

—Un millonario puede hacer muchos proyectos.

—Seguro.

Ya no hablaron más, porque uno pensaba en el extraño vuelo, y el otro en el modo de salir del helicóptero una vez terminada la aparición de los supuestos platillos volantes.

Se sentía culpable. Tenía que haber advertido al
F. B. I.,
de que vigilase los pasos de Bernstein, pero tampoco podía suponer que iban a encerrarlo en una aparente factoría, sin posibilidad de comunicar con el exterior.

Y recordaba que por unos instantes, después de la muerte del agente John Saunders, aquella muerte casi grotesca, hablaba con sinceridad al afeitarse delante de Abe Bernstein.

Una sinceridad que representaba una rebelión íntima de su segundo «yo»: el aventurero nato.

Pero ahora sólo deseaba ver al jefe de su sección, felicitándole después de cogida la banda de Tampa y la de Bernstein, o los que quedasen con vida.

Era bueno que se exterminaran entre ellos, y así morirían menos John Saunders. Pero Abe Bernstein… Traicionar a Abe Bernstein le costaba. Tenía que esforzarse en recordar seis cuerpos humanos retorciéndose muertos en una hoguera de gasolina.

Eran pistoleros, pero seres humanos, y para Bernstein habían sido menos que alimañas.

Se durmió.

Abe Bernstein bostezó, desperezándose. Aquel chalet en la colina norte de Evanston era bonito y tranquilo. No había ruidos.

Nina Valenti, en la habitación vecina, estaba peinándose. Oyó los pasos de Fat, lentos, aplomados, y otro paso menudo, saltarín.

Abe Bernstein miró al chiquillo que acompañaba a Fat. Un harapiento golfillo, con periódicos bajo el sobaco.

Abe Bernstein alborotó los cabellos del muchacho, pasando por entre ellos sus largos dedos. El golfillo alzó un rostro en que se leía una reverente adoración.

—Bien, Wopsy. Cuéntame todo lo que hiciste.

—El señor Fat me avisó anoche para que me escondiera en un sitio al éste de la factoría de Dudley. Me escondí, y sin salir para nada, junto con Weppy, que allí ha quedado. A eso del mediodía una piedra, que primero creí de plata, vino a caer con ruido más allá de la franja de matorrales. Cuando ha obscurecido, recogí la piedra y aquí he venido. Weppy allí está.

—Bien. Vete a la cocina, y en la nevera hay helados de todas clases. Te llamaré, Wopsy.

—Gracias, señor Bernstein.

—¿Qué hubieras dicho si te pescan allí los de la factoría?

—Que habíamos huido mi hermanita y yo de casa.

—Muy bien. Tú llegarás, Wopsy. Anda, vete, hasta que te llame.

Fuése el chico, y quitó Bernstein el envoltorio de plata, hasta coger el papel que rodeaba el encendedor.

—Siéntate, Fat, y vete escribiendo las letras que te dictaré.

Empezó Bernstein a traducir el mensaje de Garfield. Cuando hubo terminado de dictar letras, pidió:

—Lee, Fat.

—Pues esto dice: «Hora H, ignorada…».

Cuando hubo terminado de leer, Fat miró asombrado a su jefe. Abe Bernstein silbó entre dientes.

—Vaya golpe el de Tampa… Tiene talento el muchacho. Me refiero a Joe. Y en cuanto al exagente, ha cumplido.

—¿Confías en él, patrón?

—Ahora, sí. Pero, por si acaso, hasta el final, le tengo una sorpresa reservada, por si fallase. Ahora distribuiré dos grupos, uno por los alrededores del «Lincoln» y otro por los aledaños del Banco Nacional. Hay bares, hay cines… Cuando empiece la alarma, bastará sorprender a los de Fulton y a los del Banco. De Fulton me encargo yo. Llama a Wopsy después, y dile que si su hermana o él oyen ruido de avión saliendo de la factoría, que llamen al teléfono del «Pigeon» desde aquí.

A solas, Abe Bernstein volvió a leer lo escrito por Garfield.

Murmuró:

—La hora H puede ser esta misma noche.

Salió de la habitación, yendo al garaje. Los dos mestizos semínolas estaban cenando.

—Os indiqué dónde estaba la casa de la novia de Derek Garfield. Vais a ir allá, porque no puedo yo ocuparme del asunto. Le diréis que venís de Evanston, que sois técnicos mecánicos de la factoría Dudley. Que os envía Derek Garfield, o Fred Alton, porque Melvyn Ferguson ha sufrido un accidente, pero sin importancia. Ella vendrá en el coche, y la traéis aquí. Sin daño, con buenos modales, y la tenéis aquí en el garaje hasta que yo personalmente venga a decidir. Podría ocurrir que yo sufriese un accidente. Si así fuera, liquidad a la chica. ¿Está claro? Y si se acercase por aquí Derek, lo liquidáis,

aunque será difícil que venga, por cuanto no conoce esta casa. Repite, Rick.

Dócilmente el mestizo fue diciendo lo que acababa de exponer Bernstein.

Poco después Bernstein iba a ver a Nina. Valenti.

—Me voy por unos días, o tal vez sólo por una noche. Aquí estás segura, y nada ha de pasarte. Espérame, y no te vayas, porque si sales de aquí los muchachos de Tampa te cogerían. Aquí estás segura.

La besó, y, al irse, ella se arrojó boca abajo en la cama, sollozando.

Fat quedaba de centinela sentado junto al teléfono.

CAPÍTULO VII

A la tercera noche, Melvyn Ferguson empezaba a tener los nervios sobresaltados. Se estremeció cuando sonó el teléfono.

Descolgó Garfield. Era Ornar Fulton.

—Al hangar, en seguida.

Colgó Garfield.

—Al hangar, Melvyn. Creo que ya está la hora H al caer. Ahora son las ocho y media, y las noticias son a las nueve quince. De aquí recto a Chicago no habrá diez minutos.

—¿Qué haremos, Derek? —susurró el aviador.

—Aguantar el tipo hasta que pase la media hora de cohetes. Después, ver el modo de quitarnos de las espaldas los seis pasajeros molestos. Creo que la ocasión surgirá llegado el momento.

Se encaminaban hacia el hangar, iluminado interiormente. Veíanse los cuatro helicópteros, muy separados entre sí, dispuesto en rededor un aro metálico, unas cinco veces más grande que la enorme hélice.

En tres de ellos, la carlinga mostraba sus ocupantes. Junto a la escalerilla de ascenso al cuarto aparato se alineaban, en dos filas, seis hombres.

Ornar Fulton subía a uno de los helicópteros. Joe Tampa y Dudley estaban cerca del destinado a Ferguson y Garfield.

Los motores estaban parados.

—Recuerde lo dicho, Ferguson. A las nueve y tres minutos, remontará el vuelo. Ahora abrirán la bóveda, y a espacios de cinco minutos saldrán, yendo usted el último. Siga bien su hoja de ruta. No se equivoque en las evoluciones. Hasta luego.

En la estrecha carlinga sentóse Ferguson, a su lado Garfield. Los seis pistoleros subieron, colocándose en los dos banquillos laterales, atrás. Melvyn Ferguson fué cumpliendo maquinalmente el ritual de preparación para elevarse.

En la gran nave, los cuatro helicópteros, con el gigantesco aro metálico en rededor, empequeñecían los hombres en el suelo.

Vió Garfield a Tampa alzar el brazo y dejarlo caer. Un poderoso zumbido resonó y la hélice del helicóptero más alejado dejó de verse, en sus giros veloces.

Tambaleóse el aparato, elevándose lentamente hacia la descorrida bóveda, desapareciendo en el obscuro firmamento.

Elevóse hasta no ser ya sino una mancha difusa. Ferguson estudiaba de nuevo la hoja de ruta.

Derek Garfield veía reflejarse en la mica de la carlinga los seis individuos sentados a poca distancia…

Elevóse otro helicóptero. Para evitar los observatorios aéreos y meteorológicos, seguían primero la ruta internándose sobre el lago, de donde, al llegar frente a sus puntos señalados en la ciudad de Chicago, partirían hacia la urbe.

Pensaba Garfield que Ornar Fulton llegaría al «Lincoln» aterrizando el helicóptero suyo, que seguramente desprendería su aro metálico sobre el lago.

Bernstein se encargaría de Fulton.

Sintió de pronto un vacío en el estómago. La misma impresión, pero acentuada, de un descenso en rápido ascensor.

El helicóptero pilotado por Ferguson se elevaba.

Fuera del hangar ya no se oía el ensordecedor zumbido. La carlinga parecía aislar a sus ocupantes.

La noche elegida por Tampa era propicia. Obscura, sin luna, plácida. El lago, abajo, iba dibujándose, con su contorno blanco de espuma.

Derek Garfield observaba de soslayo a Ferguson. El piloto manejaba con atención, como si tomara parte en una maniobra de práctica, medida al décimo de segundo.

Atrás uno de los pistoleros gritó:

—¿Oye bien, Ferguson?

—Oigo, sin que chille.

—Yo le daré la orden de bajar la palanca de los Cohetes. Hágalo en seguida. No le amenazo, porque ya le habló el señor Tampa.

—Ya sé.

—Y siga bien la ruta, porque sé leer los diales y coordenadas.

—No lo dudo.

Volvió a reinar el silencio. Hasta que dijo Garfield:

—Para nosotros dos, bastaban otros dos. Sobran cuatro. ¿Me oye, compadre? Por mí, sobran los seis.

—Mejor. Pero así lo ordenó el señor Tampa.

Miró Garfield su reloj de pulsera. Marcaba las nueve y siete minutos. El helicóptero llevaba ocho minutos volando.

Maniobró Ferguson una palanca y se ladeó él aparato. Cambiaba la ruta.

Se divisaban las luces verticales de los rascacielos.

—Chicago a cuatro minutos —comentó Ferguson.

Se entretuvo Garfield en contar los segundos, mientras la mole iluminada de Chicago se agigantaba, esparcida verticalmente a la margen del lago.

Llegaba al número doscientos uno, cuando gritaron tras él:

—¡Cohetes, Ferguson!

Melvyn Ferguson tragó saliva, y a la vez empujó hacia abajo una palanca complementaria.

Se encendió bruscamente el espacio en rededor del helicóptero. Unas líneas veloces que surgían en torno como rayos de un astro en estallido.

Y a lo lejos vió Garfield, cuando dejó de estar cegado por los primeros resplandores, otro «Platillo Volante»…

Aureolado por los incesantes cohetes, el otro helicóptero semejaba un disco giratorio veloz y brillante.

—¡La
D. C. A.!
—gritó uno de atrás.

De la cumbre de un rascacielos, las plataformas artilleras vomitaban fuego, pero no hacia lo alto, sino horizontalmente hacia el lago.

Era la prueba de que los hombres dirigidos por Fulton estaban disparando, para acentuar la confusión.

Apretadas las mandíbulas, Derek Garfield trató de imaginarse el pánico en las calles y hogares, pero no lograba acercarse a la realidad.

Una realidad prevista por Joe Tampa, cuando la radio galvanizó a todos los oyentes con la voz trémula del locutor comprado por Tampa, gritando:

—¡Atención, ciudadanos, atención! Sin perder la serenidad, acudan a los refugios señalados… Platillos volantes en el horizonte…

Los tres discos luminosos describían sus círculos enigmáticos en el cielo nocturno.

Las calles desbordaban de gente corriendo. Los agentes de uniforme, y los coches-patrulla, trataban en vano de aquietar los ánimos.

Los refugios señalados eran tomados por asalto. Los surcos de los cohetes, los estampidos de la artillería antiaérea, el mugir de las sirenas y el atropellamiento de la gente asustada hasta lo indecible, formaba una cacofonía ensordecedora.

El estruendo de la nitroglicerina derrumbando las puertas de los sótanos del Banco Nacional, precedió a la entrada de los pistoleros de Abe Bernstein.

Crepitaron los fusiles-ametralladoras.

Segados como haces de trigo, bajo guadaña imprevista, caían los enviados por Joe Tampa.

Y de pronto en los sótanos los que vencedores, estaban sacando los cajones con los lingotes, cayeron envueltos en nubes de gases lacrimógenos.

En el edificio. «Lincoln», Omar Fulton registraba la oficina donde el espía Jacob había indicado la existencia de documentos secretos referentes a la defensa Antiatómica.

Encontró la cartera cerrada con diminuta chapa, que contenía el líquido corrosivo, que al ser forzada por manos distintas al legítimo poseedor, vertía el ácido quemante en los documentos del interior.

Con la cartera bajo el brazo, abandonó la oficina. Era hora ya de retirarse. Habían cesado arriba los disparos.

Alguien se acercaba.

Omar Fulton disparó un segundo tarde. Sus balazos rebotaron contra el suelo.

Abe Bernstein había apretado el gatillo por cinco veces apenas Fulton giraba la esquina.

Le quitó la cartera, cuando aun Fulton estaba en pie, muerto. Coincidió el arrancar de la cartera con la caída de bruces.

Los silbatos de la policía, las sirenas de coches deteniéndose abajo del edificio, alertaron a Bernstein.

Por lo visto, la policía quería comprobar por qué la artillería antiaérea no disparaba como debía.

Miró en rededor, como fiera acorralada. Corrió hacia la escalerilla de incendios.

Bajó apresuradamente, y cuando pisaba el patio, se agazapó tras un tonel. Pasaron varios agentes, que se colocaron junto al remate de la escalerilla.

Arriba sonaron disparos.

Las radios clamaban:

—Una falsa alarma, ciudadanos. Una falsa alarma, destinada a comprobar el espíritu de civilidad.

En el cielo ya no se veían los aros luminosos.

Abe Bernstein fué arrastrándose lentamente hasta conseguir llegar al enrejado de un respiradero que comunicaba con un patio vecino.

Lo apartó, y cinco minutos después, a pie, pasaba desapercibido por entre los excitados habitantes de la ciudad que acababa de vivir media hora de alarma profunda, y que ahora hacía comentarios para todos los gustos.

En el cielo sólo había el azulado obscuro de una noche plácida.

—¡Rumbo nornoroeste, Ferguson! —gritó el de atrás—. ¡Empuje la palanca de los cohetes!

Cesó la iluminación en rededor del helicóptero. El que había hablado sé levantó, acercándose, a gatas.

—Dijo el señor Tampa, que ahora sería posible que acudieran escuadrillas de cazas. Tiene que aterrizar en el lago, en este punto. Aquí. Nos espera una lancha.

—Oiga, aterrizar con esto en el lago es absurdo. Nos hundiremos. No puede ser.

—La lancha es amplia. Dijo el señor Tampa…

—Oiga, usted, en una lancha no puede posarse este aparato. Esto se lo digo yo.

—Puede suspenderse sobre la lancha.

—Eso sí.

—Bajará primero por la escalerilla su ayudante. Después, yo. Usted el último.

—De acuerdo. Agárrense, que voy a emprender el descenso.

Comentó al cabo de un instante:

—La palanca en su segundo empuje desprendía el aro. Bien ingeniado. ¿Y ahora qué, Derek?

Por entre dientes, dijo Garfield:

—Si hundes la proa en el agua, ¿qué pasará?

—Los seis caerán encima de nosotros.

—Acércate a tierra, Melvyn.

Alzó la voz, gritando:

—¡Preparados a suspender! ¡Agárrense!

—¡Eh, Ferguson! ¡Mire, mire! —clamó excitado el que había hasta entonces hablado.

En el espacio se veían unos puntos luminosos poblando el cielo.

—Cazas. Las luces de ala —dijo Ferguson—. Van a cazarnos a todos. ¡Tenemos que saltar!

—¡Los paracaídas! —gritó uno.

—No sirven. Nos verían.

Bengalas luminosas partían de los aviones de caza.

Bajaba el helicóptero a toda velocidad, en descenso vertiginoso.

—¡Salten al agua, cuando suspenda! ¡Después de la sacudida, échense al agua, si quieren salvarse! —gritó Ferguson.

—Nos vienen encima —dijo Garfield, señalando unos puntos rojizos.

El agua distaba apenas un centenar de metros. Contó despacio Melvyn Ferguson:

—Uno… dos… tres… cuatro… ¡Agárrense!

La brusca sacudida pareció desencuadernar el helicóptero. Rodaron varios pistoleros por el suelo, chocando entre sí.

—¡Salta, Derek! ¡Hundo el helicóptero!

Derek Garfield brincó, rompiendo la mica con el codo, al empujar con todas sus fuerzas la puertecilla lateral. Asestó un puñetazo en revés.

Saltó al comprobar que ahora era Ferguson el que le empujaba. Cayeron como plomos en el agua, que distaba apenas cinco metros. El helicóptero se hundía vertiginosamente de proa unos metros más allá.

Sumergido, braceó vigorosamente el agente. No veía nada. Emergió, sacudiendo la cabeza.

Farfulló, llena de agua la boca y los oídos:



Farfulló, llena de agua la boca y los oídos. ¡Ferguson, Ferguson!

—¡Ferguson, Ferguson!

Un caza pasó por encima de sus cabezas en vuelo rasante. Estaba a treinta metros pero parecía iba a decapitarlos. Su estruendoso zumbido menguó.

Tocaban tierra tras nadar vigorosamente. El lago era ya espacio

dominado por los aviones de caza alertados, y procedentes de las bases del norte del lago.

Corrieron por entre la floresta de la ribera. Se detuvieron tras unos cinco minutos de carrera.

Resollando, dijo Garfield:

—En la noche nos hubieran podido tomar por los chicos de Tampa. Hemos tenido suerte, Melvyn. Mucha suerte.

Dejóse caer en el suelo el aviador. Resoplaba fatigosamente.

—Hay que alejarse de aquí, Melvyn. Van a venir los agentes para cercar las riberas. Vendrán furiosos.

—¿Qué hacemos, Derek?

—Andar. Andar, hasta tu casa. Apenas llegues allí, múdate y vete a explicarle todo al
F. B. I.
Díles que te mando yo, que tengo que entrevistarme con Abe Bernstein. Que yo vendré a media mañana. Que no pude avisar, pero que lancé a todos los de Bernstein contra los de Tampa. ¿Vas entendiendo, Melvyn?

—Repítemelo por el camino. ¿Tú dónde vas?

—Debo verme sin falta con Bernstein y a solas. Esto terminará el asunto. Él habrá cazado a Falton… y en cuanto a los demás, ya los ha cogido la policía. Han reaccionado antes de lo que creía Tampa.

Anduvieron media hora. Dijo Garfield:

—Ahora a tu casa, Melvyn. Yo tengo que ir a las fuentes del Ilinois y me llevará la noche entera. Así chorreando, no puedo subir en un autocar, y además estarán las carreteras vigiladas.

Lo mismo pensaba Abe Bernstein, que a pie, se encaminaba hacia las fuentes del río Ilinois, donde había dado cita a todos sus pistoleros.

CAPÍTULO VIII

Trinaban los pájaros, cantando el amanecer cerca del manantial de donde surgía el agua que alimentaba el Ilinois.

Abe Bernstein, agotado, dormía, pero saltó en pie al oír pasos acercarse por la pendiente roquiza.

Entre los pinos acudía Derek Garfield.

—¡Hola, amigo! —saludó Bernstein.

—¡Hola, Abe! Hemos cumplido.

—Pero algo ha fallado en los planes de Tampa.

—¿Sí? Pues claro. No sabía que tú…

—¡Yo no! ¡El
F. B. I.!

—¿Cómo el
F. B. I.?

—Caminando oí los comentarios. Decían que los asaltantes del Banco Nacional fueron cazados con lacrimógenas. Lo mismo con los de la radio y del «Lincoln».

—¡Bien!

—Y eran los míos. Los que estaban liquidando a los de Tampa. Los han cogido. No ha escapado ninguno.

—¿Cómo lo sabes?

—Estarían aquí. Y aquí no estamos más que tú y yo. Toda la maldita noche, mitad andando y mitad esperando.

Derek Garfield miró receloso a Bernstein:

—Ojo con tus gestos, Abe. Yo te juro que no advertí al
F. B. I.
Es más, si hubiese querido hacerlo, no habría podido.

—Me avisaste a mí.

—Porque lo habíamos convenido.

—Pudiste convenirlo con el
F. B. I.

—No seas estúpido, Abe. La noche te ha estropeado el genio. ¿Te quedaste sin los tuyos? También Tampa quedó peor que tú. Estará ya cogido. Lo que sucedió fué que la reacción de la ley fué mucho más rápida de lo que calculó Tampa.

—¡No! El plan de Tampa estaba muy bien.

—Pero si los tuyos dispararon contra…

—¡Había un ruido infernal! Los disparos ni se notaban. ¡Alguien se chivó!

—Cuidado, Abe, cuidado…

—¡Alguien se chivó!

—No fui yo. Puedo jurártelo por lo que más quiero.

—No juegas limpio. Daría no sé qué, por saber lo que hay tras tu frente. ¿Cómo saliste del helicóptero?

—Saltando al agua con el aviador Ferguson. Éste sí que habrá ido a declarar al F. B. I. Yo le dejé resollando en el suelo. Escucha, Abe, ¿hubiese venido solo aquí, si pensase, venderte? Desde aquí, lo vemos todo en cinco leguas a la redonda. Mira, una granja, un molino, aquel rebaño abrevando, árboles, rocas… Y tú y yo, aquí, discutiendo neciamente, Abe. Ahora lo que se trata es de escapar.

—Los millones del Banco…

—Más valor tendrá lo que iba Fulton a buscar al «Lincoln».

—¿Te enteraste?

—Claro, hombre. Éste es el negocio nuestro, a medias.

—Tienes razón. Desconfié de ti, indebidamente. Pero los malditos del F. B. I., apareciendo antes de lo que me suponía, me desquiciaron.

Hurgó en su cinto, sacando de entre la camisa y la piel, una cartera negra. La que le había arrebatado a Fulton.

—Esta cerradura me da qué pensar, Derek.

—Ácido, Abe.

—Seguro… ¿Entonces…?

—La piel es sólo funda que recubre fibra metálica. Aquí no muerde ni un cortafríos.

—¿Qué contiene la cartera?

—Un secreto que vale millones. No sé lo que es, y sólo sé que

Omar Fulton iba a por ello.

—Hay que abrirlo.

—Un novato manejaría en la chapa. Otro, tantearía con cortafríos. Nosotros no derramaremos el ácido, porque tienes la suerte que un agente del
F. B. I.,
está contigo, Abe.

—Veamos.

—Los del
F. B. I.,
sabrán que yo iba a bordo del platillo falso. Le dije a Ferguson que era agente federal. Sé lo creyó. Le dije qué iba a reunirme contigo. En el
F. B. I.,
suponen que te voy a cazar. Puedo telefonear desde el primer sitio.

—¿Qué dirás?

—Tú lo oirás.

—Nada en clave.

—Eres más desconfiado que un lagarto, Abe.

—Explica lo que les dirás al
F. B. I.

—Diré que tienes la cartera de documentos del «Lincoln». Que no te separas de ella. Que quieres abrirla, y que para acabar de ganarme tu confianza, me digan el ácido, y el medio de poder abrir.

—El
F. B. I.,
lo que desea es que se quemen estos papeles. Gracias por tu sugerencia, pero no trago. Conozco químicos buenos.

—Y tendrás que repartir con el que abra.

—Le pagaré anticipado, con diez billetes grandes. Vámonos a casa.

—¿A Chicago, Abe?

—No. A Evanston. Es verdad que no te lo dije. Tengo un chalet allí, en la colina. Lo alquiló Fat, que me estará esperando con el alma en vilo. Me aprecia mucho.

—¿Y Nina?

—Conmigo… No acabo de fiarme de ti, Derek. Hay cosas obscuras en tus actos. Y la cabra siempre, tira al monte.

—No tengo armas. Ninguna más que los puños. En cambio, a ti te abultad sobaco izquierdo.

—Me sobra el arma. Tengo algo mejor, Derek. ¿Tú qué crees? ¿Quiero o no a Nina?

—Con toda la pasión de los que somos desapasionados.

—Bien dicho. Como tú quieres a Mary Ferguson.

Sobresaltóse Dereck Garfield. Se detuvo en el descenso.

—Cierto. La quiero.

—Entonces, anda con tiento, Garfield. Mary Ferguson está en el chalet, custodiada por Fat y los dos semínolas. No quise arriesgar los pellejos de ellos tres.

Derek Garfield escupió en el suelo.

—Me ha dado mal sabor de boca lo que acabas de decir, Abe. Te tenía aprecio, porque no te creí capaz de canallada.

—No hay canallada. Cuando venda el contenido de la cartera, repartimos, y te vas con Mary, yo me iré con Nina. Ha sido simplemente una precaución. No debes extrañarte, Derek. Primero te finges ladrón de carteras. Después me anuncias que eres agente del
F. B. I.
Te metes en las filas de Tampa, y me lo vendes. Y sólo caben dos ideas: o eres un Judas redomado o sigues trabajando para el
F. B. I.

—Está fallando tu talento. Anda, vamos a tu chalet alquilado. Allí con Fat, y los dos semínolas, estarás más tranquilo.

—Desprecias sin motivo. Vendida la cartera, cada cual por su camino. Ningún daño le pasará a Mary.

—¿Qué plazo le diste a Fat?

—Le dije que pusiera la radio. Cuando empezase el cuento de los platillos bastaba que esperase veinticuatro horas mi regreso. Leerá la prensa. Si me hubiesen matado los policías, mal asunto para Mary Sí me hubiesen acribillado los de Tampa, dejarían libre a tu novia. Como ves, una precaución elemental.

—No te creí capaz de emplear mujeres para resguardarte.

—No tengo más que una vida. Por allí, llegaremos en dos horas al chalet. Y una última advertencia. Si llegas solo al chalet, te asarán. Conmigo vas seguro.

—El inconveniente de los tipos como Tampa y como tú, es que

se lo piensan todo, pero hay cosas que no pueden adivinarse.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Que te había cogido aprecio, y ahora, ya sólo quiero perderte de vista, tan pronto repartamos la venta de la cartera.

Empezó a andar Abe Bernstein. Tras él, Derek Garfield pensaba en las veinticuatro horas de plazo, a cuyo término Fat y los semínolas matarían a Mary Ferguson.

Divisábase Evanston, y la factoría de Dudley.

—A la izquierda hay un merendero tranquilo, Derek.

—No tengo hambre.

—Un buen café nos sentará bien. Además, podré llamar a Ploeck.

—¿Quién es ése?

—Un químico húngaro. Me debe favores. Vendrá.

El merendero simulaba un chalet alpino, estilo tirolés. Estaba al sur de Evanston, en la carretera general.

—Supongo que tu comunicación puede ser oída, Bernstein.

—Naturalmente. Vamos a la cabina.

Atravesaron la sala. Tras el mostrador, una mujer fregaba vasos.

—Dos cafés, jamón y huevos, mermelada y tostadas —dijo Bernstein.

—Sí, señores. En seguida.

—¿El teléfono?

—Allí, en aquel rincón.

En la cabina, marcó Bernstein un número de seis cifras.

—… ¿Gerard Ploeck?

—… Sí. ¿Quién?

—… Tus utensilios contra ácidos en cerraduras de cartera, y en coche, en seguida, aquí, al parador alpino del sur de Evanston. No tardes.

Colgó, mirando a Garfield.

—Ya está. Ahora un buen desayuno.

Sentáronse a la mesa, y pidió Bernstein:

—La prensa, señora.

—Lo siento. El camión que la trae de Chicago, dijo que las ediciones matutinas se han agotado. Hubo algo muy…

—Lo leeré en el periódico de la tarde, señora.

Desayunaron vorazmente. Pidió Bernstein una habitación, a la

que se dirigieron los dos. Dijo:

—Cuando llegue un individuo con trazas de sabio distraído, que suba a mi habitación.

Marchóse ella, y añadió Bernstein:

—Abierta la cartera, sabremos lo que contiene. No te preocupes, que hasta las nueve de la noche, Mary Ferguson está siendo atendida con buenos modales. Así lo dejé dicho.

—No la menciones.

Y tendiéndose, cerró los ojos Garfield. Pensó que preferiría que Bernstein se llevase la cartera con su contenido, antes que perder a Mary Ferguson.

Durmió sobresaltado, hasta que al abrirse la puerta, se incorporó. Entró un individuo ceremonioso, vestido de azul, con gafas anticuadas, y llevando un maletín.

—Buenos días, señor Bernstein.

—¡Hola!, profesor. Éste es de confianza. Vea la cartera encima de la mesa. Su trabajo vale diez mil. Ignoro lo que contiene la cartera. Creo que pago bien.

—Siempre generoso el señor Bernstein —dijo sinceramente el húngaro—. Supongo que anoche sabría lo que…

—Ya lo leeré, profesor. Abra pronto la cartera.

Manipuló el químico largo tiempo. A la hora, dijo:

—Ya está, señor Bernstein. Inutilizado el efecto corrosivo, y abierta. ¿Puedo irme?

—Sí. Tome sus honorarios, profesor. No me ha visto. Adiós.

Apenas hubo salido el profesor, abalanzóse Bernstein sobre la abierta cartera. Miró a Garfield que no se movía de la cama.

—Ven. ¿O no te interesa?

—Lo que quiero es ver sana y salva a Mary. Lo demás para ti. No quiero ya más trato contigo. Para ti la cartera. ¡Quiero a Mary libre! Eso es todo.

—Vaya… No me vas a ganar en generosidad. Lo dicho, dicho está. ¡Oye! ¡Millones…!

Temblaban las manos de Bernstein hojeando los folios cosidos del único contenido de la cartera.

Leyó párrafos:

—«Defensa antiatómica…». «Medidas a tomar en caso…».

Calló, para leer ávidamente. Al cabo de un largo lapso de

tiempo, dejó el libreto sobre la mesa.

—Vale por lo corto cien millones esto, Derek.

—Es posible. Vámonos ya.

—¿Prefieres a Mary? Son cincuenta millones, Derek.

—Ya no creo en los millones conseguidos contra ley.

—Es la fórmula del gas «Doble Ex». Algo fenomenal, Derek. Figúrate los aviones con la atómica disponiéndose a atacar. No les reciben con obuses, sino que unos cañones especiales, lanzan un gas sin color que se expansiona a gran velocidad por la estratosfera. Cuando el gas ha inundado la zona de los aviones, basta un simple proyectil que incendia el gas, y estallan aviones y bombas, allá, muy en lo alto… ¡Es fenomenal! El Estado que posea este gas, no debe temer ataque atómico. ¡Caray! Lo vendo al propio secretario de Defensa norteamericano. Sí, son los que mejor pagarán.

—Te freirán en la silla, Abe. Allá tú. Vamos al chalet. Quiero irme con Mary.

—Son por lo corto, cincuenta millones para ti, Derek. Además, debo recordar que gracias a ti, tengo este cheque.

—Vamos.

—Bien; Si al ver a Mary prefieres irte con ella, ya no discutiré más. Yo me largaré lejos.

Echó Bernstein la cartera encima del armario, y colocó los folios doblados en su bolsillo interior de la americana.

—Un cheque negociable con dificultades, pero negociable. Lo vendo a un intermediario.

Abría ya Garfield la puerta. Bajaron las escaleras. Pagó Bernstein, y el taxi pedido por teléfono, los recogió.

—El chalet de la colina, por el sendero catorce, amigo —dijo amablemente Bernstein.

Se arrellanó confortablemente. Cerró Garfield la ventanilla que comunicaba con el chófer.

—Un cheque que no podrás negociar, Abe.

—No te preocupes.

—Esta noche han muerto muchos.

—El
F. B. I.,
tiene que agradecerme la liquidación de la pandilla de Joe Tampa.

El taxi remontaba el sendero catorce de Evanston. Se detuvo al

ordenárselo Bernstein.

—Espere aquí, amigo. Le necesitaré para una carrera larga.

A pie, ambos se dirigieron hacia el chalet, recoleto, rodeado de jardín.

—Un sitio delicioso.

—¿Dónde está Mary?

—En el garaje. Hagamos las cosas bien, Derek. Llamaré a mis semínolas y a Fat. Cuando estén conmigo, tú vas al garaje. Toma, hombre, para que veas que no juego sucio.

Tendió Bernstein su automática, sacándosela de la funda axilar.

Miróle duramente Garfield.

—No me tientes, Abe. Guárdala. Llama ya a tus esbirros.

Empujó Bernstein la verja abierta. Atravesaron el jardín y al llegar a la terraza, llamó Bernstein:

—¡Fat!

Y repentinamente se envaró, llevándose la diestra al pecho, en busca de su pistola.

Pero sonó un crepitar, y alcanzado en el hombro, Abe Bernstein corrió hacia el garaje, colgante el brazo derecho, alzando el brazo izquierdo.

Otros dos balazos le dieron en el hombro izquierdo. Giró sobre sí mismo, atónito, sangrando, mirando a Garfield, que se había tirado cuan largo era al suelo.

—¡Puerco Fat, puercos semínolas! —gritó Bernstein, con sollozos truncados—. ¡Cuidado, Derek, que van a por ti!

Cayó Bernstein de rodillas, colgantes los dos brazos. Por la puerta del garaje, y por la principal del chalet, surgieron varios policías uniformados.

Avanzaban con precaución… pistola en mano.

Abe Bernstein cayó de bruces, desmayado. Derek Garfield se levantó. Reconocía al que salía tras los agentes. Era un inspector del F. B. I.

—¿Mary Ferguson? —gritó Garfield corriendo hacia el inspector.

—En su casa con Melvyn, Derek.

—No comprendo, no comprendo.

El inspector miraba a Abe Bernstein, que sin sentido, era trasladado al interior por dos agentes.

—Eva, la eterna Eva —dijo el inspector.

—Pero ¡me dijo Bernstein que estaba aquí Mary!

—Y no mentía. Estuvo aquí, prisionera, hasta anoche a las nueve y media.

El inspector volvió a entrar al vestíbulo del chalet Sobre una mesa, un agente practicante extraía las balas de los hombros de Abe Bernstein…

—Nina Valenti —explicó el inspector, sentándose—. Oyó el traducir de su mensaje a Bernstein, cuando lo dictaba a Fat. Después siguió a Bernstein al garaje, y le oyó ordenar a los semínolas el rapto de Mary Ferguson. Fingió no saber nada, y anoche, cuando la radio empezó a dar la alarma, ella venció la desconfianza de Fat. Eran buenos amigos, ¿me comprende? Ella es muy bonita, y Fat sucumbió. Supongo que es verdad lo que ella dijo. Cuando Fat iba a besarla, ella le golpeó en la nuca con un florero. Y en seguida telefoneó al
F. B. I.,
anunciando lo que iba a suceder. Por eso pudimos cazar a los de Bernstein con las manos en la masa. Enviamos aquí a cuatro agentes, que se hicieron cargo de los dos semínolas y de Fat, sin daño para Mary Ferguson. Después, sabiendo que usted vendría aquí con Bernstein, vinimos aquí, a esperar. Eso es todo.

—¿Por qué obró así Nina Valenti?

—Estaba enamorada de Bernstein, pero al comprender que no era más que un asesino, y pensando en Mary Ferguson, hizo lo que hizo.

—¿Joe Tampa?

—Cayó con Dudley. Estaban al norte del lago, en su yate. Una redada completa, gracias a usted, Garfield.

—En el bolsillo de su americana lleva Bernstein los documentos de la defensa antiatómica.

Derek Garfield se pasó la mano por la cabeza. Sentía fiebre. En la mesa, vendados los hombros, desnudo el torso, Abe Bernstein lloraba mudamente.

Y molesto, un agente, dijo:

—Vamos, Abe… No lloraba usted cuando le estaban sacando las balas de la carne.

Abe Bernstein cerró los párpados, pero por ellos fluía el llanto. Derek Garfield sabía ya que Bernstein no lloraba de dolor físico, ni

por su fracaso.

Lloraba pensando en Nina Valenti, la primera mujer a la que había amado de veras.

Sintió deseos de decir algo, y aproximándose a Bernstein, murmuró:

—Mala suerte, Abe.

Abrió los ojos Abe Bernstein. Miró al agente federal.

—Es posible… —mascullló entrecortadamente— que el mayor castigo del fuera ley, es enamorarse de una chica con escrúpulos. Debí pensarlo… Ande, lárguese, Garfield, y que le asciendan. Algún día tropezará usted. Adiós.

Derek Garfield abandonó el chalet, llevando impresa en la mente la imagen de un hombre duro, insensible, llorando.

En el despacho de su jefe, explicó cuánto había sucedido. Al terminar su oyente dijo:

—Tal vez le amonesten, Garfield. Debió usted advertir al
F. B. I.
inventando el medio. Comprenda que a no ser por Nina Valenti, usted habría podido fallar con Bernstein y los suyos. Se valoró demasiado, Garfield. Un error. Hay quien opina que ha trabajado usted estupendamente. Yo creo que por su excesiva confianza, en a solas, dar la redada completa, achuchando a Bernstein contra Tampa, podía haber fracasado todo. Si esperaba felicitaciones de mi parte, le desengaño.

—De acuerdo, señor. El mayor triunfo es vencerse a sí mismo, y yo no puedo. Presento mi dimisión.

—Hombre… No se tome el reproche tan fuerte. Usted es un buen agente.

—Presento mi irrevocable dimisión. Voy a casarme, señor. Y mi futura esposa es muy sensible. No serviría para mujer de un agente del
F. B. I.

—Eso ya es otra cosa. Entonces, hay una buena noticia. Una buena dote. El Nacional, que salvó su reserva de oro, ha dado cien mil al
F. B. I.,
para huérfanos de nuestro cuerpo. Usted ganó la mitad.

—No, señor. No la gané. Sin Nina Valenti, podía haber

fracasado.

—Bien, como quiera. Siento perder un agente de su talla, Garfield.

—Otros mejores habrá, señor, que sabrán vencerse.

Y nadie supo el difícil combate que contra sí mismo sostuvo Derek Garfield, cuyo sentido del deber vaciló ante la muerte de John Saunders, y más tarde, ante la amenaza sobre Mary Ferguson.

Abe Bernstein fue condenado a cadena perpetua. Cuando apareció con las venas abiertas en su celda, sé atribuyó su suicidio a su carácter rebelde incapaz de resignarse a un futuro entre rejas.

Pero Derek Garfield pensó en Nina Valenti, la que huyó de América, porque temía a la Maffia, que trataría de vengar a uno de sus principales afiliados.

Melvyn Ferguson volvió a su compañía, y pronto olvidó a Nina Valenti. Derek Garfield echa de menos su anterior vida accidentada, pero es feliz con la monótona rutina de su diario trabajo, porque al regresar encuentra una esposa que le supone un héroe que sacrificó su carrera por ella.

La lectura favorita, de Mary Ferguson es ahora un manual de puericultura.

FIN

UN MISTERIOSO REMOLCADOR

introducía a los agentes del espionaje enemigo en el suelo norteamericano. Para Bill Sandish, este espinoso asunto constituyó su

Bautismo de fuego

paso a paso, y arriesgando a cada momento su propia vida, Bill consiguió desentrañar el enigma que envolvió los muelles de Nueva York.

KENT MILLER

El prestigioso e inspirado autor, nos describe magistralmente la apasionante aventura de un novato en el F. B. I. en su primer contacto con el hampa neoyorquina.

Bautismo de fuego

que se publicará en el próximo número de la siempre interesante colección

SERVICIO SECRETO

es una de las obras más sugestivas que en este género novelístico han aparecido en los últimos tiempos

¡No deje de leerla!